



Un vaquero cruza la frontera en silencio

La historia de Gerónimo González Garza

Diego Enrique Osorno



CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Un vaquero cruza la frontera en silencio

La historia de Gerónimo González Garza

Diego Enrique Osorno

Cuidado editorial
Leonardo Castillo

Diseño y formación
Paula Montenegro

Coordinación editorial
Leticia Muñoz

Ensayo fotográfico El vaquero que no escucha los caballos relinchar
Rodrigo Vázquez

Primera edición: noviembre de 2011

© 2011. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590 México, D. F.
www.conapred.gob.mx

© 2011. Diego Enrique Osorno.

ISBN: En trámite.

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra,
previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito: prohibida su venta.

Impreso en México

Printed in Mexico

Para Nelly, Martha y Carlos, con quienes conocí el mar, en Veracruz.

Para mi hijo Marcos, que lo conoció conmigo, en Sonora.

—¿Por qué siempre estás viendo el río, Dolores?
—No lo veo: lo oigo.
—¿El ruido del agua en las piedras?
—No. Lo que trae el agua: voces que vienen desde muy lejos.
—Yo no oigo nada.

La piedra y el río, Eduardo Antonio Parra

*Un pobre vaquero solitario que regresa a su casa, que es la maravilla.
Hacer aparecer las nuevas sensaciones: subvertir la cotidianeidad.*

Primer manifiesto infrarrealista, Roberto Bolaño



Índice

Agradecimientos, 11

Presentación, 13

Ricardo Bucio Mújica

Fronteras indecibles, 17

Hermann Bellinghausen

Alfabeto del lenguaje de señas mexicano, 21

Mapa de la región noreste de México y del sur de Estados Unidos, 22

I. Un vaquero cruza la frontera en silencio, 23

II. El vaquero que no escucha los caballos relinchar, 81

Rodrigo Vázquez

Habla San Fernando. Epílogo, 97

Para saber más...

Recopilación de material histórico y de contexto sobre los sordos, 121

Semblanza del autor, 123

Agradecimientos

El compositor y cantante Tom Waits dijo alguna vez: “cuando uno escribe una canción, la idea es construir un camino por el que alguien más pueda circular alguna vez”. Este libro fue pensado y construido así, después de que la periodista Valeria Berumen me propusiera contar la historia de mi tío Gerónimo González Garza para el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

La importancia de este relato se debe a que describe un caso de discriminación multifactorial, ya que la condición de discapacidad auditiva de Gerónimo le cerró el acceso a varios derechos (al trabajo, a la educación, a un nivel de vida digno y a la salud), lo cual lo orilló a integrarse a las filas de otro grupo en situación de vulnerabilidad: los migrantes.

No tenía muy claro el andamiaje conceptual anterior, porque siempre he visto a mi tío con bastante admiración, nunca como una víctima. Llegar al concepto de discriminación multifactorial que había padecido me fue posible tras reuniones de trabajo con dos personas que aprecio y admiro: Ricardo Bucio, presidente y Marcela Azuela, directora de Educación, Divulgación y Comunicación Social del Conapred, a quienes debo eso y más para la realización de este libro.

Durante la investigación para hacer la historia conté con mucha ayuda valiosa. Carmen Lucía Munguía me facilitó una buena cantidad de lecturas previas sobre el mundo de los sordos, el cual yo conocía empíricamente y no por referencias teóricas. Gael García me ayudó a redescubrir la figura migratoria de mi tío y a encarar el reto narrativo que significaba, en especial, su vida como sordo mojado. Debido a mi falta de destreza para hablar lengua de señas mexicana, otro auxilio fundamental fue el de Nayeli Cervantes, intérprete y amiga de mi tío, y ahora mía también.

Georgina Carrillo y Araceli Franco del Conapred fueron grandes aliadas en este proceso de indagación realizado de forma intermitente, en medio de otras tareas y largos viajes, tratando de acoplar mi agenda nómada, con la agenda también nómada de mi tío.

En realidad, durante el camino conté con la ayuda de muchísima gente, sobre todo, de familiares que me regalaron su tiempo para precisar sucesos ocurridos en torno a la familia. De todos ellos debo hacer un agradecimiento especial a mi prima Maricela Sosa González por haber conseguido unas videograbaciones que fueron de gran valía.

Mi abuela María de Jesús Garza, madre de Gerónimo, fue incondicional en este proyecto, pero no alcanzó a ver concretado el libro, ya que unos meses antes decidió irse a bailar un huapango infinito allá con su adorado Guadalupe González.

En el proceso de reflexión y escritura de la crónica tuve la suerte de contar con el ojo implacable y brillante de Guillermo Osorno, el mejor editor que he conocido hasta la fecha. La escritora Cristina Rivera Garza también me ayudó mucho a dimensionar la historia mientras la estaba escribiendo. Lolita Bosch dio una revisada final al texto y me aconsejó ideas claves.

A Hermann Bellinghausen, un joven periodista que admiro y leo desde que estaba en la secundaria, le doy las gracias por su prólogo, y a Rodrigo Vázquez, por haber sido un excelente compañero de viaje y prestar su enorme talento para este proyecto.

Por último, quiero agradecer de forma muy especial la generosidad de Daniel Gershenson, quien ayudó a que durante el tiempo de escritura de *Un vaquero cruza la fornera en silencio*, yo pudiera tener más que tranquilidad para trabajar en este y otros proyectos que aún no ven la luz, pero que algún día la encontrarán.

Veo este libro con la misma filosofía que Tom Waits: es un camino para que alguien más lo pueda caminar, o incluso, ¿por qué no?, en un futuro me gustaría a mí mismo recorrerlo de nuevo.

Presentación

Ricardo Bucio

*Cuando Gerónimo llegó al otro lado era un ilegal,
pero eso era menos dramático
que lo que le pasaba en México,
donde la discriminación hacía que algunos
lo consideraran un imbécil.*
DIEGO ENRIQUE OSORNO

Un vaquero cruza la frontera en silencio es la historia de Gerónimo González Garza, un hombre sordo que ha vivido incluido en la sociedad gracias a su familia que lo acogió como a un hijo más y que lo impulsó a crecer, a incrementar su tenacidad y su esfuerzo diario por décadas, todo en un contexto –desgraciadamente no en México sino en Estados Unidos– que le permitió oportunidades y le dio la posibilidad de un desarrollo integral.

Gerónimo es tío de Diego Enrique Osorno, estupendo periodista y narrador mexicano, quien más allá de la nota periodística busca explicaciones, recrea las historias, presenta consecuencias, da voz a las personas, describe los ambientes, expresa las emociones y las sensaciones, y nos ayuda a adentrarnos en ese pedazo de México, aquel espacio vital en el que vive Gerónimo. Diego no sólo es sobrino de Gerónimo: a través de este texto es, de alguna manera, su voz también.

Diego descubrió la discapacidad, el valor de la aceptación y lo que un contexto puede ayudar u obstaculizar la vida de una persona, mirando a Gerónimo desde pequeño, con esos ojos y avidez que hoy lo han hecho un profesional del periodismo. Un día se prometió contar esa historia, y

ahora tenemos en papel la oportunidad de que las palabras nos cuenten la infancia, la juventud y la madurez de un hombre con discapacidad auditiva que nació en una familia amorosa asentada en un ambiente rural de la frontera noreste de México.

Como miles y miles de familias de personas con discapacidad, la de Gerónimo enfrentó esa condición con sus propios recursos y formas. Aunque de pequeño no aprendió el lenguaje de señas, sí aprendió a comunicarse con su entorno vital que también aprendió a comunicarse con él; al respecto, Diego nos cuenta: “le pregunté si los sordos debían adaptarse a la sociedad o la sociedad debía adaptarse a los sordos. —Hay que cambiar la pregunta. Lo mejor sería que nada más habláramos de comunicarnos; con eso empezariamos a hacer algo diferente —respondió [Gerónimo].”

Con este relato, el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) inaugura una nueva colección: *Crónicas periodísticas*, misma que ofrecerá a las y los lectores historias de vida, historias de personas que narran las múltiples formas en que los seres humanos somos afectados y afectados por la discriminación y los múltiples caminos que creamos para tratar de evadirla, y para intentar seguir respirando y abrazando y esperando, pese a lo que representa ser visto como *inferior*, como *menos*, y ser tratado de manera desigual y desventajosa en casi todos los espacios, y durante casi toda la vida.

Aunque no es un relato escrito en primera persona, logra expresar una vida que pudiera parecernos fuera de lo ordinario, pero que lamentablemente es una realidad cotidiana: aquella de la múltiple discriminación. Gerónimo no sólo nació con una triple condición que en su contexto representa una triple desventaja: ser pobre, vivir en el campo y tener una discapacidad sino que, en el intento por abrir un horizonte diferente para su vida, se convirtió en un migrante indocumentado, experimentando la discriminación también por esa condición.

Por eso Diego refleja que la historia de Gerónimo es la de las fronteras creadas de tantas maneras por nuestras sociedades, que suponen obstáculos para el desarrollo de las personas, para el ejercicio de los derechos humanos y para el proyecto personal de vida. Tío ha vivido siempre cruzando las fronteras del silencio, de *la migra*, de la pobreza, del estigma sobre la discriminación y, ahora también, de la violencia. Vive cruzando fronteras y poniendo su rostro firme, serio y silencioso a una vida que cada día le pone retos complejos.

Según datos del Censo de Población y Vivienda 2010, en México existen alrededor de 400 mil personas con discapacidad auditiva, quienes enfrentan una enorme cantidad de restricciones que les impiden contar con mecanismos de interacción y relación con la sociedad, aún y cuando desde 2003 la Lengua de Señas Mexicana (LSM) es reconocida legalmente como lengua nacional. Las personas con discapacidad auditiva en México se enfrentan a sus propias fronteras cotidianamente: en las ventanillas del servicio público, en los comercios, en el transporte, en las escuelas y en los empleos, construidos todos por personas sin discapacidad y para personas sin discapacidad.

Ahora, para tratar de construir un entorno que no ponga los ojos en las limitaciones de las personas sino en que la sociedad sea un espacio común y accesible, la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (CDPD) incluye en su definición de la comunicación a los lenguajes oral, la lengua de señas y otras formas de comunicación no verbal y establece la responsabilidad que tenemos todas las personas, como parte de una comunidad, a procurar, por todos los medios, que se promuevan y respeten los derechos reconocidos en la Carta Internacional de Derechos Humanos.

La Convención establece el derecho a expresarnos en nuestros lenguajes, y ser escuchados: “sin lenguaje, la libertad queda mucho más lejos. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es. El lenguaje devela misterios”.

La vida de Gerónimo nos ha sido develada por Diego Enrique Osorno, historia de rechazo y de aceptación, de exclusión pero también de comunidades y redes que se constituyen en la búsqueda de hacerse un lugar en la sociedad que les deja fuera y que incluso les amenaza, como es el caso de la situación de violencia en la zona noreste del país.

Espero que la lectura de este texto nos deleve también el telón de fondo de la historia de este vaquero que cruza múltiples fronteras en silencio, de estos pueblos amenazados por la desesperanza y los riesgos cotidianos. Que nos deleve lo que el propio Diego, de la mano de Gerónimo, y de las expresivas y profundas imágenes de Rodrigo Vázquez ha descubierto y plasmado en este texto: que con discriminación y sin entornos accesibles, la dignidad y la libertad nos quedan mucho más lejos. Nos quedan muchas fronteras muy difíciles de cruzar.

Noviembre, 2011.

Fronteras indecibles

Hermann Bellinghausen

¿Qué decir de la frontera ahora? No hay nada que decir, diría Gerónimo González Garza, pero no lo dice. Él nunca dice nada. Es sordo, y en consecuencia mudo. Y así se las ha arreglado por 58 años para hacerse toda una vida como viajero incesante entre dos mundos que pese a su proximidad geográfica siguen alejados por abismos que Gerónimo en su vida sorda aprendió a sortear de ida y vuelta.

El primero de esos mundos es el llano mexicano, donde Gerónimo tiene su rancho, cerca de la llamada “Frontera Chica” que gravita hacia la ciudad de Monterrey, Nuevo León, aunque buena parte de la región pertenece a Coahuila y Tamaulipas. Y por el otro lado durante más de treinta años ha recorrido lo que va de Texas y Arizona para adentro hasta Nebraska, Carolina del Norte, Washington, en un camino que lo llevó a una apacible vida doméstica con mujer e hijos en San Antonio, Texas.

De este tío suyo –alguien que nunca ha hablado ni oído– extrae Diego Enrique Osorno una historia de vida notable, pero no sólo eso. Encuentra una poderosa metáfora para esa parte de México donde sencillamente hoy no se puede hablar. Donde en poco tiempo la vida se volvió atroz y mortífera, desde que apareció *Guerra*, uno de los personajes de la historia de Gerónimo, que lo mismo tiene a Germán, Guadalupe, Nimo y Ana, que a *Frontera, Madre, Padre, Casa, Hipoteca, Van, Tío*.

Con el casi animal instinto periodístico que lo caracteriza, y una narración depurada, seca, de llano, Diego Enrique Osorno crea una pieza que también es un retazo de memoria familiar, un viaje al país de su pasado, de donde procede este tío Gerónimo. En lo que también es un ejercicio cumplido de gratitud y un homenaje a la perseverancia y la alegría de vi-

vir por algo, *Un vaquero cruza la frontera en silencio* es un retrato contemporáneo de la atroz realidad mexicana, en particular, en esas llanuras de la Frontera Chica, “valle en tránsito continuo de personas, animales y cosas” entre México y Estados Unidos hasta que en esa región, “algo conocida, pero poco documentada”, “se desató una guerra en febrero de 2010, cuando una decena de cabeceras municipales fueron atacadas por hombres armados que llegaban en caravanas de camionetas *pick-up*”.

El rancho de Tío está en una zona donde la violencia ahora es mayor que en Tijuana, Sonora y hasta que en Ciudad Juárez. Parte de una guerra, dice Osorno, “en la que ha habido masacres, desplazamientos forzados de población, fosas clandestinas, prisioneros, combate, leva, magnicidios, mucho dolor y muchas mentiras, como en cualquier guerra”.

Tío es un hombre a la altura de su tiempo. Una época difícil para él, como para todos; más para quien se mueve de un lado al otro de la frontera en carros de aspecto lo más inocente posible, a caballo o andando.

Pero precisamente el nomadismo le permitió descubrir desde joven “que era posible cambiar la vida, incluso la de un sordo no rico nacido en México”. Y esto porque Estados Unidos, ese imán para tantos millones de mexicanos, “es el mejor país para los sordos”. Ése es dato de primer orden práctico. Si gracias a encontrar el lenguaje de señas mexicano supo que podía decir y “escuchar”, y que no estaba totalmente aislado en su esfera de silencio, lo verdaderamente liberador fue recorrer el vecino país en condición de sordomudo y en compañía de iguales, lo cual le daba un lugar, como un derecho humano ya conquistado por la sociedad civil allá y que en México sigue muy atrasado, por más Teletón que le metan. Gerónimo encontró allá una “cultura” de sordos y de mudos casi cool, medio de moda.

El relato nos lleva al tiempo en que los migrantes mexicanos “se beneficiaron de un movimiento de orgullo sordo estadounidense que reivindicaba la lengua de señas”. Aunque también descubrió que allá se “habla” otro sor-

do, el Ameslan (American Signal Language), distinto del sordo mexicano. Sucede con todas las lenguas, incluso con las que no hablan o lo hacen con las manos y el rostro. Durante una fiesta en una discoteca exclusiva para sordos en Atlanta conoció a una sorda americana que entendía el mexicano. Hoy es su mujer, y tienen dos hijos que no son sordos pero hablan muy bien los cuatro idiomas (castellano, inglés, y sus respectivos sordos), se comunican con naturalidad con sus padres y les sirven de intérpretes. Aunque basta ver los periplos de Gerónimo para comprender que no necesita de puentes para cruzar con autosuficiencia por la vida y de un país al otro. Tan sólo en agosto llevaba once cruces fronterizos en lo que iba de 2011.

Una historia de superación, de esas tan caras en el norte regiomontano, como un verdadero rasgo de identidad cultural, y también valoradas en la tradición de Estados Unidos. Mas una historia singular. El *self made man* que guarda silencio: su vida es su obra.

Osorno es un reportero que donde pone el ojo pone la bala, y lo sabe. Todos sabemos que es uno de los reporteros más vivaces y menos ingenuos de estos oscuros tiempos mexicanos. A su movilidad agrega un pulso literario, periodísticamente contenido. Una curiosidad que en este reportaje de Tío recurre con eficacia a una ironía que no ignora que también de callar se oye, que de morir se vive, que de estar allá se está acá. Una balacera en la flamante comandancia de policía en Los Ramones en julio de 2010, cerca del rancho de Gerónimo, se oyó a varios kilómetros de distancia. Y llegó *Guerra*. “Hay quien dice que se hicieron mil tiros”, registra *Reportero*. “Gerónimo no la escuchó”.

La experiencia de hablar de los que no hablan, escribir de los sordos desde el mundo de los que se supone escuchamos, trae a la memoria aquel documental de Werner Herzog, *El país de la oscuridad y el silencio* (1971), que con el lenguaje audiovisual del cine exploraba los inaccesibles territorios de los que no oyen ni ven: los sordociegos. Como la epopeya de los sordos

que no hablan, la suya fue una de comunicación y superación, representada por Fini Straubinger quien, como la famosa Helen Keller, aquella niña de *La tejedora de milagros* (película de Arthur Penn, 1962, basada en la obra teatral de William Gibson), debió romper el muro invisible que la separaba del mundo exterior. Toda una vida de aprender a comunicarse y encontrar qué decir y lograr que otros así de aislados también lo hagan. Fini, como Hellen Keller, es todo un monumento a la comunicación humana.

Sólo desde la paradoja pueden contarse historias como la del vaquero silencioso. Y con el mayor sentido del humor posible. En ocasiones hilarante, otras, uno qué mas quisiera. Osorno ilustra por ejemplo la validez de una herradura en la pared de la casa de Tío como amuleto infalible, ahora que la superstición vive “un auge” en la frontera: “Quizás es necesaria para no ser sorprendido por la barbarie, para no ser parte de ella también, para poder morir en paz en estos tiempos en los que el ruido de la frontera es tan fuerte”. (Y al menos desde el punto de vista de Gerónimo, tan inútil).

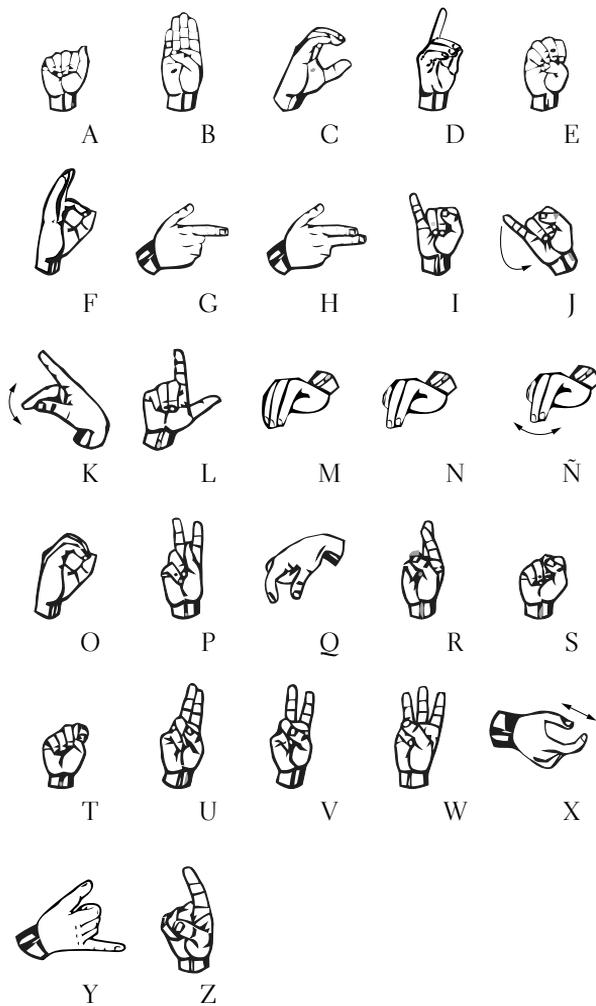
Parco que es por lo visto Tío, y locuaz y preguntón como salió Sobrino, digo, *Reportero*, el encuentro que origina este relato es el juego de unos espejos que chocan sin romperse. Y entonces el principal hallazgo de *Un vaquero cruza la frontera en silencio*: “La frontera noreste de México carece de un lenguaje propio en estos tiempos de guerra. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es”. Pero, añade *Reportero*, “la frontera noreste no puede hablar”.

Quién mejor que un tío querido que no habla ni oye para servir de guía en esas tierras de Frontera Chica, estruendo y miedo, donde nada se puede decir, donde la libertad de expresión no existe, donde la barbarie no tiene nombres, y los de sus causantes son impronunciables.

La lección final de Gerónimo González Garza es que siempre hay modo de romper el silencio, aun callando.

Octubre, 2011.

Alfabeto de lengua de señas mexicano



Mapa de la región noreste de México y del sur de Estados Unidos



I. Un vaquero cruza la frontera en silencio

Cero



Madre arroja la panza de la vaca y salta el agua hirviendo de la olla de pelitre azul. Lanza una pequeña cosa deforme que debe ser la pata de la res. Vienen luego los tomates, el romero, la yerbabuena, el ajo y el orégano. Casa tiene una fragancia de especias los fines de semana. Cuando percibo el aroma de ciertos condimentos naturales suelo recordar la crisis económica de diciembre de 1994 en México.

Padre se levanta temprano y vacía el cocido de la olla en platos de hielo seco. Los mete con mucho cuidado en el carro, como si fueran un tesoro recién desenterrado: que no se derrame ni una gota, que no se caiga ninguna piedra preciosa, que el menudo, la sopa de estómago, llegue a salvo a su destino.

En Monterrey suele comerse barbacoa los domingos, pero los amigos de *Padre* son amigos de a de veras. Las mañanas de los domingos de 1995 en lugar de comer barbacoa, prueban el menudo que le compran a *Padre*.

Entre semana, *Madre* mete otras cosas a la olla que siempre parece tener agua hirviendo. Mete pollos, mete arroces, mete verduras. Después *Padre* los acomoda entre los delgados recipientes y el destino de los platillos ahora queda más cerca que las alejadas casas de sus amigos. Va uno para la vecina de junto, otro para la de enfrente, para los de la vuelta, para el que se acaba de cambiar a la cuadra, para la señora enojona que poncha pelotas de fútbol y para las amigas de *Madre*, que también son sus amigas de a de veras.

La cocina de *Casa* es la cocina del barrio. En el noreste de México no hay fondas. No se usa la palabra fonda. Pero *Casa* es una fonda. Una fonda que ofrece servicio de comidas a domicilio. De haber tenido un nombre, la fonda se hubiera llamado Comidas Martha.

El tema de todos los días en la fonda es *Casa*. Sí, *Casa* es al mismo tiempo la fonda, pero *Casa* es también otra cosa que nada tiene que ver con las paredes y los techos entre los que transcurrió mi infancia y adolescencia. Entonces, la palabra *Casa* remite a problema. *Casa* significa incertidumbre, banco, riesgo, mal, desempleo, pelea y, sobre todo, una extraña y muy agresiva palabra: *Hipoteca*. *Hipoteca* es la palabra que nadie quiere oír, decir, en *Casa*.

Alguna avanzada civilización del futuro habrá de conseguir borrar esa palabra de los diccionarios. Pero en aquel año, la palabra *Hipoteca* está ahí, en el habla de todos los días, aunque se pronuncie poco.

La olla hirviendo de *Madre* desafía a la palabra *Hipoteca*, los platos de hielo seco de *Padre* desafían a la palabra *Hipoteca*, sin embargo, en estos tiempos de crisis (se dice que todo por un “error de diciembre” que devaluó el peso y mandó al cielo las tasas de interés) la palabra *Hipoteca* es muy poderosa. No se le gana con el aroma del orégano ni con amistades de a de veras.

Para que la palabra *Hipoteca* nos deje tranquilos hace falta algo más.

Un día Tío envía quince mil dólares desde algún lugar de Estados Unidos. Ese día la palabra *Hipoteca* pierde una batalla y deja en paz a *Casa*.

Tío es un vaquero que cruza la frontera en silencio. Se llama Gerónimo González Garza.

Prometí que alguna vez relataría su historia.

Uno



Desmontaron. Amarraron los caballos alazanes bajo la sombra del mismo árbol. Caminaron. Cada uno con su escopeta. Hablaban en voz baja con frases parcas. Ojos negros alertas de Magdaleno y ojos café claro alertas de Gerónimo. Media hora, unos kilómetros después, no encontraban a qué animal disparar, no se veía ningún alma. Ni siquiera una tarántula.

El viento caluroso reseca la vida en el monte.

Se despegaron para tener más posibilidades de que apareciera la buena suerte mientras exploraban. Pasó un rato y se oyó al fin el primer disparo de la cacería. El único disparo. Magdaleno corrió a mirar entre el matorral, pero en vez del animal vio tirado el sombrero de Gerónimo. Se quedó de piedra. La faz se le ensombreció: Gerónimo estaba hincado y tenía un orificio de bala en el cuello. Sangraba y estiraba el cuello como un gallo mudo. Murió pronto.

Magdaleno volvió a buscar el caballo. Lo desató y después fue a entregarlo, junto con el sombrero y el cadáver aún tibio de su mejor amigo. Contó con detalle lo que había pasado y dijo que podían hacer con él lo que quisieran.

No se trataba de uno de esos hombres de mala entraña. La familia González desterró a Magdaleno de Sabinas Hidalgo, Nuevo León. No se le volvió a ver nunca más. Algunos dijeron que cruzó a Estados Unidos por el río Bravo y luego, luego se colgó en un mezquite del rancho ganadero de Texas donde empezaba a trabajar como peón.

Pasaron los años.

El 24 de mayo de 1953, en su casa en los alrededores de la terminal camionera de Monterrey, María de Jesús Garza alumbró a un bebé de poco más de dos kilos, con mucho pelo cuando se apareció por el mundo, rojo

de sangre, y con ese fulgor con el que llega cualquier ser humano recién parido. Al bebé le cortaron el ombligo y lo enterraron cerca de donde nació. El padre, Guadalupe González, estaba contento de que fuera varón. Quería uno para ponerle el nombre de Gerónimo, como se llamó su hermano muerto de forma trágica por una bala salida del rifle de su mejor amigo.

Dos



Gerónimo gatea unos segundos y luego se desploma. Es un bebé vivaz que, sin embargo, en ocasiones parece distraído. Pasa algo raro y sus padres creen saber qué es, pero deciden llevarlo al hospital para enterarse bien. Madrugan y los atiende un médico del Seguro Social. Examina al bebé, le toca la nariz, los sobacos, las piernas, el pene, las manos y los pies hasta detenerse en las orejas. Habla frente a él con distintos tonos, graves y agudos. Después se pone serio y pide a los papás que vayan a un laboratorio para que le practiquen estudios del oído a Gerónimo.

Diez días después regresan.

El médico los recibe con la misma voz seria de la otra vez. Pero ahora la usa para darles la noticia de que según los estudios de audiometría Gerónimo no escucha ni va a escuchar nunca, que cuando mira las cosas no tiene conciencia del sonido: es sordo profundo. Todo será para él una película muda. Van a tener que hablarle con las manos para que no se vuelva loco. Como mímica. Le van a mostrar que no hay que comer con la boca abierta, o que cuando quiera beber leche tiene que indicarlo con su manita. Ellos lo harán, el pequeño Gerónimo los verá y esperarán a que los imite. Hay que tener paciencia. No es cualquier cosa: deberán crear un lenguaje propio para comunicarse. Así le tendrán que ir mostrando la vida.

Los padres escuchan los consejos del médico. Más o menos saben lo que tienen que hacer. Graciela, otra de sus hijas, también vino sorda al mundo. Cuando Graciela nació investigaron un poco y se enteraron de que en la familia González hay más sordos de nacimiento, por lo menos desde dos generaciones atrás.

Debido a la sordera profunda, el pequeño Gerónimo también será mudo, no podrá usar la cuerdas vocales de su laringe para producir sonidos, aunque éstas no se encuentran dañadas. Todas las personas que nacen sordas no pueden hablar, porque no conocen ni conocerán nunca el sonido: es algo que para ellos no existe.

Si el pequeño Gerónimo pudiera oír, antes de los dos años de edad le ocurriría el maravilloso proceso de creación de su voz. Un día cualquiera empezarían a brotar de su boca sonidos escuchados a su alrededor. La voz surge de la imitación y de un proceso natural que comienza con la respiración, recorre luego los bronquios y la tráquea hasta llegar a la laringe, donde las cuerdas vocales (que en realidad no tienen forma de unas cuerdas, sino de unos labios) producen un sonido que se amplifica de acuerdo con la forma particular de cada nariz, boca y lengua.

Pero la voz del pequeño Gerónimo, aunque está dentro de él, permanecerá prisionera.

Tres



El papá de los pequeños Gerónimo y Graciela se llama Guadalupe González. Trabaja de lunes a viernes en Tráilers de Monterrey, S.A. de C.V. La pequeña empresa tiene un galpón en el que atracan todos los días camiones ruidosos provenientes de Estados Unidos. En la carga llevan aceitosas transmisiones

de coches, equipo médico obsoleto, cables multicolores descarapelados, tubería hidráulica rota, muebles hechos pedazos... El trabajo de Guadalupe es pesar la chatarra y regatear lo más que se pueda el pago con los chatarreros.

La mamá de Gerónimo y Graciela se llama María de Jesús Garza. Ella trabaja preparando chorizo rojo que vende en el barrio de Monterrey donde viven. Antes habían pasado largo tiempo en Rancho Nuevo, un ejido de Los Ramones, Nuevo León, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de la ciudad, donde construyeron una casa principal con adobe, levantaron unos establos de madera para el puñado de reses y cabritos que tenían, y consiguieron láminas para hacer corrales angostos en los que criaban cerdos.

La agricultura no era buena idea. Aunque se trataba de una buena porción de tierra que María de Jesús heredó, tenía el suelo fracturado, de esos que no se dejan sembrar con facilidad.

Tras el nacimiento de más hijos y las dificultades de la modesta vida ganadera, sin fastidio ni iras cultivadas, Guadalupe y María de Jesús decidieron emigrar a la ciudad, con la esperanza de regresar algún día a Rancho Nuevo y hacerlo funcionar como un auténtico rancho.

Cuatro



Una vez instalado junto con toda su familia en Monterrey, los fines de semana, para completar los gastos de la casa, Guadalupe recorre en una camioneta *pick-up* Ford guinda las dos horas de camino a Rancho Nuevo, acompañado por un paisaje solitario, un mezquite aquí, otro por allá. Ahí mata cerdos que luego comercia en la ciudad.

La hoja del cuchillo se mueve con delicadeza sobre la piel rosa recién mojada con agua hirviente. Los cerdos tienen una carne blanda y jugosa;

la de las hembras suele ser dura al momento de morir debido a que sobreviven un poco más de tiempo porque paren puercos y más puercos. A Guadalupe, su pequeño hijo Gerónimo lo ayuda acomodando en una vasija los intestinos que sustrae del animal. La rara ternura del sacrificio: el papá de Gerónimo está tranquilo y concentrado, no debe *dañar de más* el estómago del puerco.

Los cerdos machos de crianza empiezan la cuenta regresiva de sus fugaces y monótonas vidas en Rancho Nuevo cuando llegan a los noventa kilos. A partir de ese momento, que suele equivaler a los seis meses de vida, la muerte está muy cerca, ronda. Que un cerdo viva más de un año es tan raro como un eclipse de luna. El ritual de su muerte comienza cuando los sacan del corral y se les deja de dar sorgo o cualquier otro alimento durante catorce horas. Una vez pasado ese lapso, Guadalupe lo deja inconsciente con el golpe de un mazo en el cráneo (todavía no existen las pistolas aturdidoras o pinzas eléctricas de las granjas industriales). Tras el golpe, el cuerpo del animal se desploma al instante. Un edificio hecho estallar se derrumba en cámara lenta y un cerdo sacrificado cae como rayo. A uno lo sostienen varillas y cemento, al otro, energía. Después de que el animal cae de manera súbita, Guadalupe lo desangra cortándole las venas y las arterias a la altura del cuello. Sangre fluye a borbotones hacia una vasija que vigila Gerónimo.

El temperamento en el campo ante la sangre no es el mismo que en la ciudad.

A continuación, en tan sólo unos minutos, el cuerpo del animal queda desmembrado, el cerdo ya no tiene cabeza ni cola ni patas ni vísceras ni órganos. De hecho, para ese entonces, ya no se llama cerdo: le dicen canal. A canal lo cuelgan para que se seque, antes de que se lo lleven a la ciudad para terminar embolsado como el chorizo rojo que vende María de Jesús en la colonia Terminal de Monterrey.

Pero si es el cumpleaños de alguno de sus hijos u otra fecha en verdad especial, Guadalupe mata una de las vacas o uno de los cabritos que comen en los raquíuticos pastizales del rancho. De la panza de la res sale mucha barbacoa y un menudo que les dura varios días y los pone contentos a todos.

En ocasiones, en lugar de matar a los animales en Rancho Nuevo, el sacrificio se hace en la casa de Monterrey. No es raro que aparezcan cabritos muertos tendidos en el patio de la pequeña vivienda, como si fueran ropa recién lavada esperando a secarse.

Cinco



Los seis hijos de la familia González Garza son María de la Luz, Graciela, Teresa, Gerónimo, Guadalupe y Martha. Gerónimo es el que colabora más con las matanzas animales de los fines de semana; sus hermanos estudian y su otra tarea es ayudar en la venta del chorizo. Tratan a Gerónimo con normalidad. Se tuercen para jugar con él al “burro bala va”, corren para las escondidas o brincan la bebeleche. Gerónimo pasa así su infancia, sin saber el lenguaje de señas. Tampoco sus padres ni hermanos. Toda la comunicación que hay es moviendo las manos o haciendo gestos. La voz de Gerónimo no emite sonido alguno pero se ve. En su casa se usa ese alfabeto del silencio creado por ellos. Los padres de Gerónimo no le imponen el mundo de los que sí oyen, tratan de entender el suyo. Es una familia normal, alegre, con vitalidad.

No es raro ver a Gerónimo con su pantalón de mezclilla ensangrentado, después de pasar todo el día con su padre en el improvisado rastro casero. Matar a un chivo es arduo: primero hay que ponerlo quieto, después

enterrarle un cuchillo en la yugular, dejarlo que muera entre los gritos que lanza, colgarlo para que le escurra todo el chorro de sangre en una vasija, sacarle las tripas con las manos y quitarle el pelaje.

Hay un sábado en que Gerónimo mata solo, sin ayuda de su padre, los dieciocho chivos que se comerán los invitados de una boda por celebrarse esa misma noche en Monterrey. Tiene diez años.

Seis



Alguien tocó a la puerta cierta noche del verano de 1965. Guadalupe salió a ver. El visitante era un joven veinteañero que le acercó una tarjeta blanca en la que se veían muchas pequeñas manos dibujadas de diferentes formas. Era el abecedario del lenguaje de señas. Al reverso, un mensaje de texto: “Soy sordomudo. Te pido una cooperación para mi escuela”. El padre de Gerónimo sacó un poco de morralla y se la dio al muchacho. Guardó la tarjeta y a la tarde siguiente llevó a su hijo a la dirección que venía en ella.

La escuela estaba sobre la calzada Madero, una de las avenidas importantes del antiguo Monterrey a la que por las noches le brillaban elegantes farolas encendidas y la animaba el sonido de la cumbia. El domicilio marcado en la tarjeta era una casa grande donde se enseñaba el lenguaje de señas, un idioma que la enciclopedia *Británica* define como “una especie de escritura de imágenes en el aire”. La casona tenía pocas ventanas, tres habitaciones y un área común espaciosa donde se había acondicionado en 1951 la primera escuela para sordos del noreste de México. Al entrar daba la bienvenida un cartel con la definición griega del hombre: *zón lógon éjon*, animal provisto de la palabra, así como fotos de un luchador sordo que por esos años compartía el cuadrilátero de vez en vez con



Guadalupe González y María de Jesús Garza.

El Santo o *Blue Demon*. Se llamaba *El Prisionero*. También había imágenes de David Sordomudo Rodríguez, otro artista del pancracio con una voluntad de hierro, aunque menos conocido que *El Prisionero*. *El Prisionero* era el nombre que había elegido Raúl Fuentes, nacido con sordera en el Distrito Federal el 3 de diciembre de 1936, para dedicarse a la lucha libre profesional.

En los setenta, *El Prisionero* abandonó los cuadriláteros y se convirtió en un intelectual sordo mexicano. Raúl Fuentes escribió una decena de libros sobre el lenguaje de señas nacional y se dedicó al teatro y la pintura. Por su trabajo dramático fue premiado y reconocido, sobre todo en Noruega y Dinamarca, donde las redes escandinavas de sordos lo recibieron como uno de los más grandes artistas sordos latinoamericanos. Por lo menos veinte señas del lenguaje mexicano fueron inventadas por él, un luchador espiritífautico que acabó siendo el pez guía en las turbulentas navegaciones de la comunidad sorda mexicana que trataba de abrirse paso.

Siete



La escuela de la calzada Madero estaba afiliada a la Agrupación Mexicana de Sordo-Mudos, A.C. Su símbolo era una ardilla. El movimiento incesante de las manos del simpático roedor comenueces le pareció al profesor Abel Sauza similar al de los sordos durante sus tertulias, por ello se empleó como logotipo. Fue el profesor Sauza quien involucró a Gerónimo en las actividades de la escuela. El lugar funcionaba al mismo tiempo como agencia de trabajo. Los jóvenes sordos que recorrían los populosos barrios regionomontanos pidiendo dinero para la escuela estaban atentos por si veían a más sordos y los invitaban a integrarse a la naciente comunidad que

trataba de organizarse, convenciénolos a ellos o a sus familiares de que sus vidas podían estar sujetas a un destino mayor.

Entre otras actividades, los estudiantes sordos, una vez que aprendían a comunicarse con el lenguaje de señas, formaban equipos de futbol y competían en torneos *amateurs* o bien salían en grupo a conocer otras ciudades de México en las que vendían llaveros, plumas o juguetes que ofrecían junto con tarjetas con frases con señas, como “Te quiero” (mano derecha con dos dedos doblados que hacen una especie de cuernos y se coloca en el pecho, a la altura del corazón) o “Dios te bendiga” (mano izquierda y mano derecha simétricas en forma de cuernos).

Los profesores presentaban estos viajes a los padres como una forma de integrar a sus alumnos con el mundo, aunque incluían una lógica mercantil, ya que una parte de las ventas iba para la escuela y otra, menor, se la quedaban los jóvenes sordos emprendedores.

No se trataba de lobos detrás de un rebaño de ovejas. Era en verdad un proyecto solidario.

Ocho



Gerónimo hizo su primer viaje fuera de Nuevo León a los catorce años, como parte de los *tours* de trabajo organizados en la escuela de la calzada Madero. Fue como ir a otro planeta: el asfalto interminable de la hinchada urbe del Distrito Federal contrastaba con el terregal en el que había crecido, tanto en Rancho Nuevo como en Monterrey. Ahí pasó cuatro meses. Hizo visitas cortas a Guanajuato, Puebla y Aguascalientes. Conoció a sordos chilangos que tenían fama de ser abusivos con los de provincia, pero algunos se convirtieron en buenos amigos durante el tiempo que

pasó en la capital. Participó en una protesta en la que se exigía cesar la discriminación hacia los sordos mexicanos y se demandaba proveer de mayor apoyo económico a la Escuela Nacional de Sordos. Le tocó estar en la vanguardia de la manifestación que comenzó en la Alameda, a la altura del Mausoleo a Benito Juárez, y que siguió hacia la calle Madero, por el Sanborns de los Azulejos, hasta llegar al Zócalo.

La Escuela Nacional de Sordos fue fundada en 1867 por el maestro sordo francés, Edouard Huet. Se trata de una institución muy importante en la historia de los sordos latinoamericanos.

En la hemeroteca de la Universidad de La Habana hay un ejemplar de la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, fechado el 30 de noviembre de 1875, en el cual aparece una crónica titulada: “Escuela Nacional de Sordomudos de México”. El autor que la conoció a finales del siglo XIX es José Martí y el artículo que escribió tras la visita comienza así:

Las sombras tienen sus poemas, el espíritu sus conmociones, y la compasión sus lágrimas. Todo esto se siente, y muchas cosas se aman, ante esos seres abrazados por su propia luz, sin sentidos con que transmitirla, ni aptitudes para recibir el calor vivificante de la ajena. Nacidos como cadáveres, el amor los transforma, porque la enseñanza a los sordomudos es una sublime profesión de amor. Se abusa de esta palabra *sublime*; pero toda ternura es sublimidad, y el sordomudo enseñado es la obra tenaz de lo tierno. La paciencia exquisita, el ingenio excitado, la palabra suprimida, elocuente el gesto, vencido el error de la naturaleza, y vencedor sobre la materia torpe el espíritu benévolo, por la obra de la calma y de la bondad. El profesor se convierte en la madre: la lección ha de ser una caricia; todo niño lleva en sí un hombre dormido; pero los sordomudos están encerrados en una triple cárcel perpetua. Inevitablemente las lágrimas se agolpaban a los ojos en el examen de sordomudos de antier. Hay en la escuela un niño,

Labastida, de cabellos negros y brillantes, con los ojos vivaces de candor, la frente espaciosa, la boca sonriente, la expresión dócil y franca. Escribía con notable rapidez definiciones de ciencias; llenaba su pizarra velozmente; pedía más que hacer cuando los demás no habían concluido todavía. Labastida tiene doce años, y como la luz de su alma está comprimida, lleva toda la luz en su rostro, y su cara infantil es hermosa, animada y brillante. Seduce ese niño: invita a abrazarlo. A su lado trabajaba Ponciano Arriaga, hijo del hombre ilustre que incrustó principios de oro en la hermosa Constitución mexicana. Arriaga cumplirá pronto dieciocho años. Tiene todos los conocimientos de la instrucción primaria; expresa fácilmente los pensamientos que concibe; estudia botánica bajo la hábil dirección de Mr. Huet; resuelve problemas complicados de aritmética superior; dibuja con pureza de contornos, y con delicadeza y morbidez de sombras. Tiene la frente espaciosa, y como que desciende en ademán pensativo sobre sus ojos pequeños y animados: su nariz aguileña y sus labios finos revelan una distinción natural. Dicen que Arriaga tiene una extraordinaria facilidad de comprensión; y en verdad, aquella frente parece hecha para soportar graves pensamientos. Otro niño resuelve, al lado de éstos, problemas de aritmética, con rapidez que aun en niños dotados de todos sus sentidos llamaría la atención. Es Luis Gutiérrez el alumno más aventajado en cálculo. Su frente voluminosa se levanta en curva desde sus ojos investigadores y severos hasta su cabello abundante y rizado. Es un niño grave, en que se presiente al hombre. Sin quererlo, somos injustos.

Gerónimo fue sólo un par de veces a la Escuela Nacional de Sordos, a reuniones convocadas por el grupo con el que llegó a la capital. Su viaje al Distrito Federal estaba lejos de las aulas y de tener como objetivo el recibir la enseñanza de los sordomudos, “esa sublime profesión del amor”.

El Monumento a la Revolución Mexicana era el sitio preferido por Ge-

rónimo para vender llaveros. Los turistas se portaban generosos, sobre todo los parroquianos vespertinos de las cantinas aledañas. En cambio, en las oficinas vecinas de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), si bien estaban especializados en hacer “hablar” a la gente que era detenida bajo sospecha de oponerse al gobierno, la vendimia era poca.

Antes de regresar del Distrito Federal a Monterrey, el grupo viajó a Guadalajara por unas semanas. Gerónimo decidió ahí que se iría de *mojado* a Estados Unidos.

Nueve



Hay una foto Polaroid de mi tío Gerónimo tomada en los setenta, en la que se le ve el aire de forastero con el que dio sus primeros pasos en Estados Unidos. Aparece en una casa en construcción en pleno valle de Texas. Trae puestos un pantalón de mezclilla y una camisa blanca. Listo para trabajar. Parece que lo hará con una sonrisa: es un moreno flaco del que resaltan el pelo largo, oscuro y brillante, así como un bigote que apenas asoma entre sus gruesos labios.

En 1969, Gerónimo cruzó por primera vez la frontera junto con sus amigos Leobardo y Germán, a quienes conoció en el viaje a Guadalajara. Llegaron a Laredo en busca de trabajos de albañilería o de lo que hubiera para unos muchachos sordos de dieciséis años. No encontraron tantas oportunidades y las pocas que había se las daban a migrantes mexicanos oyentes. Entonces se fueron de aventón a San Antonio, la ciudad más católica de Texas, mucho más poblada y a tan sólo dos horas de distancia. Empezaron a vender llaveros en el *downtown*. Semanas después, se toparon con un grupo de sordos texanos a los que no les agradaba la idea de tener competencia de vendedores mexicanos. Los texanos les hicieron la

vida imposible, retándolos a golpes y amedrentándolos hasta que lograron que la migra los deportara.

Entre ese momento y 1971, los detuvieron y deportaron unas cuantas veces. Pero en ese tiempo era común que un mexicano fuera y viniera al otro lado sin tanto problema. No se hablaba de instalar muros, ni de rancheros armados para vigilar las rutas de los migrantes en busca de trabajo ni de hacer visas láser. La frontera entre México y Estados Unidos era un vasto y movedizo territorio de personas.

En una de las deportaciones, Gerónimo, Germán y Leobardo no fueron a dar a Nuevo Laredo, Tamaulipas, sino hasta Ciudad Juárez, Chihuahua, frontera con El Paso, Texas. Vagaron unos días en el centro, cerca de bares famosos como el Kentucky, donde había parroquianos que afirmaban haber visto emborrachándose a Marilyn Monroe con Al Capone. Luego consiguieron un aventón a Monterrey con un trailerero. Los papás de Gerónimo habían dejado de tener noticias de su hijo durante un buen rato y reaccionaron emocionados cuando lo vieron regresar a la casa cercana de la terminal de autobuses de Monterrey. Trataron de convencerlo de que se fuera a Rancho Nuevo a hacer vida de vaquero, algo que sabían que le gustaba tanto como viajar. Pero por esos años hubo sequía y con sequía por más dadivosa que sea la buena fama que en general tiene la vida del campo, no se puede sembrar ni criar ganado y por lo tanto no se puede vivir.

Además Gerónimo miraba con añoranza los días en Estados Unidos. Se había dado cuenta de que allá podía tener empleos que nunca tendría de este lado, y había visto que los sordos estadounidenses hacían cosas tan sencillas que por la discriminación parecían increíbles en México, como conducir un coche.

Gerónimo era un migrante que no sólo buscaba salir de la pobreza. También le interesaba vivir.

Diez



Mientras decidía qué hacer con su vida, ahora que era mayor de edad, Gerónimo fue a tramitar su cartilla de servicio a la oficina de reclutamiento de la Séptima Zona Militar en Monterrey. El 13 de agosto de 1971, el teniente coronel de infantería, Alejandro Sánchez Martínez, determinó así su situación ante la milicia mexicana:

Jerónimo [sic] González Garza, se encuentra INÚTIL para el Servicio Militar Nacional, por padecer: SORDOMUDEZ [sic], enfermedad registrada en la Tabla de Enfermedades y Defectos Físicos anexa a la Ley del Servicio Militar Nacional, con el número 8, perteneciente al Grupo C, según certificado médico expedido por el Hospital Militar Regional de esta Plaza. De conformidad con el Oficio Superior 21935 de fecha 6 de julio de 1948, LOS INÚTILES NO ESTÁN OBLIGADOS A VISAR SUS CARTILLAS.

Semanas después, Gerónimo volvió a cruzar la frontera. Salió de la casa de sus padres con unos tacos de harina que le preparó su mamá María de Jesús para el camino y con la decisión de no volver a México en un buen rato.

Ahora el viaje sería más allá, mucho más allá de ese antiguo territorio de México que ahora se llama Texas.



De izquierda a derecha: Gerónimo, Leobardo y Germán

Once



Fue un viaje de varios días, muy lento, por el caluroso noroeste mexicano. Gerónimo, acompañado de nuevo por Leobardo y Germán, viajó en autobús de Monterrey a Torreón, Coahuila, de ahí a Ciudad Juárez y así hasta llegar a Tijuana, por las carreteras rectas de Sonora, a largos ratos desoladas. Por Tijuana cruzó a California. Iban a Los Ángeles atraídos por una noticia que les había llegado de buena fuente: allá estaba un grupo de jóvenes sordos mexicanos bien instalado, que organizaba caravanas por todo Estados Unidos. Una especie de comuna móvil, muy *ad hoc* con el momento *hippie* enmarcado por la guerra de Vietnam.

La historia resultó cierta. Apenas llegaron, la comuna los acogió y en poco tiempo estaban viajando en vans desvencijadas, primero por ciudades y pueblos del oeste estadounidense, luego atravesaron el país, hasta que llegaron a Nueva York. Eran unos jóvenes emocionados, de rostros barbados como revolucionarios cubanos, que viajaban apretujados y miraban de reojo, por las ventanillas, su nuevo país, mientras conversaban con las manos y con algarabía.

Algunas veces los dirigía un sordo pionero que ya había estado antes en el pueblo o en la ciudad visitada. Él indicaba a qué lugar había que ir a dormir hechos bola y en qué zona valía la pena ponerse a vender artilugios o buscar algún trabajo de campo, comercial, incluso industrial, si es que se los daban. Permanecían equis tiempo y después emprendían la marcha de nuevo.

Algunos sordos del grupo conseguían buenos empleos en maquiladoras y abandonaban la caravana, pero eran los menos. Los sordos sin papeles competían con los obreros estadounidenses y con los obreros migrantes, también sin papeles, pero oyentes. Llevaban la de perder.

Aunque la venta de juguetes en plazas y parques públicos era su actividad principal, Gerónimo solía conseguir trabajos como albañil, carpintero o tablero. Otras veces, ninguno de los viajeros conocía el sitio recién arribado, pero llevaban consejos de otros sordos mexicanos que habían pasado por ahí: los lugares que tenían que evitar porque había vendedores sordos estadounidenses o bien a cuáles ir porque encontrarían gente dispuesta a darles un dólar a cambio de un artilugio y un cariñoso mensaje en lenguaje de señas.

Luego reanudaban el viaje en busca de un nuevo sitio donde aterrizar. Si les iba bien, enviaban dinero a sus padres o a sus hijos o se compraban ropa bonita o se daban una buena comilona. La caravana también iba dejando sordos cansados, que se frustraban y caían en el alcoholismo o que desaparecían con sus hombros heridos de viajeros. No se volvía a saber más de ellos.

Gerónimo, Germán y Leobardo eran felices viajando. En sus andanzas se relacionaban, sobre todo con otros sordos, pero también conocían migrantes mexicanos oyentes, desplazados de Oaxaca, Puebla y Guerrero. Si había modo, Gerónimo platicaba con ellos sobre la siembra, con la idea de volver un día a México, a trabajar las tierras yermas de su familia, en Rancho Nuevo.

Hubo un momento en que la caravana se detuvo y cada quien se instaló por su cuenta. Gerónimo regresó a San Antonio tras enamorarse en Atlanta. Leobardo también se instaló en tierras texanas, mientras que Germán prefirió Carolina del Norte. La relación entre los tres permaneció firme.

Gerónimo, una vez instalado en San Antonio, regresó a Monterrey en un viaje relámpago por Graciela, su hermana sorda, para incluirla también en el sueño americano.

Doce



Gerónimo no se robó a su hermana Graciela, pero la familia no estaba segura de que fuera correcto que una joven sorda partiera a Estados Unidos, así nomás, a la aventura, aunque fuera con su hermano. En Monterrey, Graciela se dedicaba a coser vestidos para fiestas de quince años y bodas en la casa de sus padres.

Guadalupe y su esposa María de Jesús despidieron a su hija Graciela con el ceño fruncido. Graciela se fue a Estados Unidos y con el paso del tiempo se enamoró de Germán. Se casó con el amigo de su hermano Gerónimo y ambos hicieron su vida en Carolina del Norte. De llevar una vida enclaustrada entre telas y vestidos, Graciela se convirtió en una auténtica nómada que le ha dado más de una vuelta completa a Estados Unidos, vendiendo llaveros y juguetes.

A diferencia de Gerónimo, Graciela nunca ha dejado de recorrer el país haciendo ese trabajo. Ahora se enfoca en los eventos de la Serie NASCAR (National Association for Stock Car Auto Racing), una organización estadounidense que organiza las carreras de automóviles de serie más concurridas del país.

Trece



En febrero de 2011 mi tía Graciela, quien es católica practicante, viajó a la ciudad de México para participar en la peregrinación anual de los sordos mexicanos que se hace año con año desde la iglesia de San Judas Tadeo hasta la basílica de Guadalupe.

Después de ese viaje partió al Mardi Gras, carnaval celebrado en Nuevo Orleans, uno de los eventos preferidos por los sordos estadounidenses para vender llaveros y juguetes debido a la fama de generosos que tienen los asistentes al festejo que ocurre entre el 4 de febrero y el 9 de marzo. Otro de los sitios de buena fama entre los vendedores sordos es Los Ángeles y sus calles; en contraste, el peor sitio de Estados Unidos para ellos es Nueva York, una ciudad imparable, indiferente a todo.

Acompañé a mi tía durante la peregrinación a la basílica de Guadalupe. También se sumó Guillermo Osorno, quien publicó en los días siguientes en *El Universal*, una crónica de ese recorrido, con el título “Coro de sordos”.

Mientras caminábamos por el peregrinódromo, Ana Lilia Sekiguchi se nos acercó a ofrecernos protector para el sol. Era una de las organizadoras de la peregrinación y le pregunté si los sordos debían adaptarse a la sociedad o la sociedad debía adaptarse a los sordos.

—Hay que cambiar la pregunta. Lo mejor sería que nada más habláramos de comunicarnos, con eso empezaríamos a hacer algo diferente —respondió.

Ana Lilia, además de maestra, es madre de un joven y una niña, ambos sordos de nacimiento.

—La gente debería saber por lo menos unas cuantas palabras en lenguaje de señas, ¿no crees? —le dije.

—Exacto. Si tú vieras lo que pasa en la prepa donde estudia mi hijo: los compañeros de Gamaliel, que saben dos o tres palabras en lengua de señas y el abecedario, cómo se comunican con él. Y él se puede quedar a veces solo en clases y todo, pero por lo regular yo voy a interpretarle porque además no tenemos esa facilidad con él, no hay intérpretes.

—¿Tú vas a sus clases?

—Sí, yo voy a las clases a interpretarle lo que dicen los maestros.

—Pensé que había una clase especial para sordos, un bachillerato especial.

—No, de hecho fue muy complicado conseguirle a Gamaliel una preparatoria fuera del ámbito. Y pues por necesidad, Gamaliel se integró al Tec de Monterrey, y ha sido muy complicado pues la metodología la hemos ido armando nosotros, entre él y yo. Ha sido “a ver cómo te pongo esta seña” porque además no hay tantas señas.

—El lenguaje de señas mexicano tiene muchos calós regionales... Por ejemplo, mi tío Gerónimo dice Monterrey así [me toco el codo]. ¿Así es Monterrey también para ti?

—Monterrey es así para mí [Ana Lilia hace seña con tres dedos moviéndose en la frente]. Se llaman regionalismos. La lengua de señas es toda una lengua, o sea, es un idioma completo. Como idioma tiene nacionalismos, regionalismos, extranjerismos. Entonces, te puedo contar de algunos. Por ejemplo embarazada es así [hace seña como indicando un vientre], pero ahora lo han hecho así [hace seña con el brazo izquierdo flexionado y moviendo la mano derecha simulando una panza]. ¡Pero es un extranjerismo, lo han copiado de Estados Unidos!

—¿Va evolucionando muchísimo, no?

—Exacto, exacto, como todo idioma, va evolucionando, se va mejorando. Antes se usaba español signado, hablaban con las frases *con*, *en* y así iban pero era muy lento. Entonces ellos (los sordos) se reunieron como comunidad y dijeron: vamos a quitarles tantos movimientos, vamos a hacer algo que se llame lengua de señas. Y hay lengua de señas mexicana, americana, libanes, pakistaní, japonés...

—¿El país más tolerante con los sordos es Estados Unidos?

—Pues mira, entre... sí. Estados Unidos les tiene intérpretes certificados, el gobierno les da intérpretes. O sea, si Gamaliel estuviera en Estados Unidos, bueno ya con decirte, ni siquiera tendría un intérprete, para empezar, tienen una escuela especial donde tendría su intérprete. Eso lo daría el gobierno, no tendrían que ser recursos de los papás.



Gerónimo construyendo su casa en las afueras de San Antonio, Texas.

—Mi tía Graciela y mi tío Gerónimo se fueron de mojados a Estados Unidos justo porque aquí nomás no había cómo...

—Exacto, no hay.

—No había oportunidad. Sus papás, mis abuelos, son personas muy trabajadoras, pero del campo, con poca instrucción... Pero tú que tenías educación pudiste ayudar más a tus hijos...

—Yo estudié educación especial precisamente porque tengo a los dos niños sordos. Cuando supe que la niña también era sorda, dije: "No, a ver, ¿qué voy a hacer?" Y aquí en México haces todo un peregrinar para las cosas más simples: vas a un hospital y no te dicen nada, vas a otro hospital y te dicen otras cosas, no te dan como expectativas y eso como que no está bien. También mi área es médica, pero en la educación especial... y pues... como van, han ido saliendo adelante.

—¿Y la expectativa que tienes es que Gamaliel termine la prepa y después estudie algo más?

—Gamaliel está en la prepa porque él... su expectativa era la universidad. Cuando me dijo eso, le contesté que tenía que pasar por la prepa, y por una prepa con oyentes tenía que ser. Y él me decía: "No, yo quiero ir directo a la universidad, a la universidad de Gallaudet, en Washington, una universidad exclusiva para sordos. La única en el mundo. ¿Me imagino que la conoces?"

—No... ¿Y cómo le vas a hacer para que se vaya para allá?

—No tengo la menor idea. Así como no tenía la menor idea de cómo iba a entrar al Tec y ahorita está en el cuarto semestre.

NORTH CAROLINA DRIVER'S LICENSE									
TYPE DUP OPERATOR		LICENSE NUMBER 4671043							
ISSUE DATE MONTH DAY YEAR 08 15 74		EXPIRATION DATE MONTH DAY YEAR 05 24 78							
BIRTH DATE MONTH DAY YEAR 05 24 53		<table border="1"> <tr> <th>RACE</th> <th>SEX</th> <th>RESTR. CODE</th> </tr> <tr> <td>W</td> <td>M</td> <td>*9</td> </tr> </table>	RACE	SEX	RESTR. CODE	W	M	*9	
RACE	SEX	RESTR. CODE							
W	M	*9							
SIGNATURE OF COMMISSIONER <i>Blair Walker Jr.</i>		SIGNATURE OF LICENSEE <i>Gonzalez Geronimo</i>							
* GONZALEZ GERONIMO		3							
408 N THIRD ST		*9 OUTSIDE REAR VIEW							
* SANFORD, N.C.		MIRROR 1 5							

Catorce



Pasaron diez años para que Gerónimo, Germán y Leobardo regularizaran su situación migratoria. A principios de los ochenta se beneficiaron de leyes especiales y dejaron de ser indocumentados en Estados Unidos, sombras fugitivas. Gerónimo adquirió la ciudadanía estadounidense después de que se casó con su actual esposa, Ana, a la que durante la gira *hippie* conoció en Atlanta en una fiesta celebrada en una discoteca exclusiva para sordos. Ana, rubia, de cuerpo atlético y sorda de nacimiento, tuvo una educación distinta a la de Gerónimo y aprendió desde niña a hablar el lenguaje de señas. La comunicación entre ambos se dio rápidamente porque Ana hablaba muy bien el lenguaje de señas mexicano.

Podría pensarse que hay un solo lenguaje de señas para todos los sordos del mundo, pero no es así. Hay bastantes diferencias entre el de un país y otro. Los sordos gringos hablan el Ameslan (American Sign Language), donde cada letra tiene una representación particular con las manos, y varios movimientos forman una palabra y muchos más una oración. El de los sordos mexicanos, además, cuenta con su propio caló regional: un sordo regiomontano no habla igual que un sordo maya.

En los setenta y ochenta, los sordos migrantes mexicanos se estaban beneficiando de un movimiento de orgullo sordo estadounidense que reivindicaba la lengua de señas, aunque esto Gerónimo no lo supo, porque su vida de migrante estaba lejos del movimiento intelectual sordo americano. Por esos años se promovieron en Estados Unidos obras de teatro, libros, programas de televisión y películas. En *Star Trek*, el actor sordo Howie Seago interpretaba a un embajador de otro planeta que era sordo y hablaba por señas. En Broadway se presentó con éxito *Hijos de un dios menor*, dirigida al público sordo. La cúspide fue la llamada revolución de



Gerónimo con su madre y hermanas.

los sordos que consiguió que la Universidad Gallaudet, en Washington, se convirtiera en una escuela de altos estudios exclusiva para sordos.

De lo que sí se dio cuenta Gerónimo durante aquella vida nómada que duró casi todos los setenta, fue que era posible cambiar la vida, incluso la de un sordo no rico nacido en México. Cuando Gerónimo llegó al otro lado era un ilegal, pero eso era menos dramático que lo que le pasaba en México, donde la discriminación hacía que algunos lo consideraran un imbécil.

Quince



La revolución de los sordos estadounidenses de la que se benefició Gerónimo y otros sordos migrantes mexicanos es retratada por el neurólogo y escritor Oliver Sacks, en *Veo una voz: viaje al mundo de los sordos*. El punto culminante de la revuelta fue marzo de 1988, cuando se produjo un auténtico levantamiento de los sordos de la Universidad Gallaudet de Washington, quienes exigían que el nuevo rector de la institución fuera un sordo, como la totalidad de los estudiantes. El jueves 10 de marzo de ese año, el investigador inglés acudió a la universidad para mirar de forma directa la huelga de los sordos. Así describe su arribo:

Un taxi me deja en la calle Octava frente a la universidad. Las puertas de entrada llevan cuarenta y ocho horas bloqueadas. Lo primero que veo es una multitud inmensa, nerviosa, pero alegre y cordial, de centenares de estudiantes que obstaculizan la entrada al campus y que llevan enseñas y pancartas y hablan por señas entre ellos con gran animación. Uno o dos coches policiales vigilan fuera con los motores en marcha, aunque parecen una presencia amable. Los coches que pasan tocan mucho la bocina y esto me desconcierta,

pero luego veo un cartel que dice: “TOQUE LA BOCINA POR UN RECTOR SORDO”. La multitud es al mismo tiempo extrañamente silenciosa y estruendosa: las conversaciones y discursos por señas son abruptamente silenciosos, pero los interrumpen curiosos aplausos, un nervioso sacudir de manos por encima de la cabeza, acompañado de gritos y vocalizaciones agudas.

Oliver Sacks, quien ha hecho libros sobre personas que padecen migraña o que han perdido una pierna en un accidente, así como de personas ciegas y esquizofrénicas, explica que decidió adentrarse en el mundo de la sordera profunda, porque el estudio de los sordos nos demuestra que gran parte de lo que es en nosotros característicamente humano (el habla, el pensamiento, la comunicación y la cultura) no se desarrolla de un modo automático, no son funciones puramente biológicas sino también en principio funciones sociales e históricas, son el legado (el más maravilloso de todos) que una generación transmite a otra. Y eso nos revela que la cultura es tan fundamental como la naturaleza.

“No sólo hablamos –explica– para decir a los otros lo que pensamos, sino también para decírnoslo a nosotros mismos. El habla es una pieza del pensamiento.” De acuerdo con Sacks, el sordo sin lenguaje puede ser en realidad como un imbécil, y de un modo particularmente cruel, porque la inteligencia, aunque presente y quizás abundante, permanece encerrada tanto tiempo como dure la ausencia de lenguaje. El escritor cita al abate Sicard cuando éste hablaba de la enseñanza del lenguaje de señas diciendo que “abre las puertas de... la inteligencia por primera vez.

Según la visión de Sacks, “los sordos no se consideran impedidos, sino miembros de una minoría lingüística y cultural que necesitan (y tienen realmente derecho a) estar juntos, ir juntos a clase, aprender en un lenguaje accesible a ellos y vivir en compañía y comunidad con otros que son como ellos”.

Antes de su visita a la insurrección sorda de marzo de 1988, Sacks había estado antes en la Universidad de Gallaudet, en 1986 y 1987, y en esa ocasión había comprendido que la seña podía ser un lenguaje completo, “un lenguaje igualmente apropiado para hacer el amor y hacer discursos, para flirtear y para enseñar matemáticas”. Sacks quedó impresionado tras ver clases de filosofía y de química en lenguaje de señas:

Tuve que ver funcionar un Departamento de Matemáticas absolutamente silencioso; tuve que ver bardos sordos, poesía por señas en el campus y la amplitud y profundidad del teatro de Gallaudet; tuve que ver el maravilloso escenario social del bar de los estudiantes, con las manos volando en todas direcciones, cien conversaciones independientes en marcha.

Dieciséis



Es abril de 1991. Gerónimo ya no es nómada, se ha establecido en San Antonio, Texas, con sus dos hijos y su esposa Ana, aunque en este momento está en el corral del rancho de Los Ramones, entre vacas y becerros que dan vueltas en círculo, mugen o estornudan estentóreamente con el sol de frente. Gerónimo laza una vaca. Otros dos vaqueros, un primo con bigote de morsa y un sobrino barbado, ayudan a Gerónimo para que le ponga en la cadera su sello mientras el animal está apersogado: las tres iniciales de su nombre. La vaca se cae y Gerónimo, lentamente, deja que le caiga el ardiente trinche de fierro con las letras G.G.G. La vaca se queda callada. No emite sonido alguno. Ya quedó marcada. Ahora sigue un becerro de ojos salvajes, después otra vaca inexpresiva. Será una larga tarde. María, la hermana mayor de Gerónimo, graba el ritual ranchero con una

cámara de formato vhs. Una toma monótona, abierta, en la que no dejan de caer vacas y un vaquero silencioso las marca con su fierro ardiente.

A partir de 1991, Gerónimo empieza a cumplir su sueño de ir más seguido a México, de hacer la vida de vaquero que en cierta forma tuvo que posponer a causa de sus viajes por Estados Unidos. Quiere darle vida al rancho de sus padres.

Diecisiete



El rancho de mi tío queda cerca de lo que aquí llamamos la Frontera Chica, la región que comprende los municipios de Guerrero, Ciudad Mier, Miguel Alemán, Camargo y Díaz Ordaz. Esa pequeña zona forma parte de una frontera más grande, integrada por ciudades y pueblos de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas que se extienden a lo largo de un valle en tránsito continuo de personas, animales y cosas, donde lo que se considera legal o ilegal va y viene de México a Estados Unidos, a través de Texas.

En este rincón tan poco conocido de México se desató una guerra en febrero de 2010, cuando una decena de cabeceras municipales fueron atacadas por hombres armados que llegaban en caravanas de camionetas *pick-up*. Cuando escribo *Guerra* no estoy haciendo uso de la retórica o del sensacionalismo para describir lo que pasa. Se trata de una guerra en serio, en la que ha habido masacres, desplazamientos forzados de población, fosas clandestinas, prisioneros, combates, leva, magnicidios, mucho dolor y muchas mentiras, como en cualquier guerra. Además de muchas muertes.

Si un día alguien decidiera guardar un minuto de silencio continuo por cada una de las personas asesinadas en este lugar, se quedaría mudo un mes.

La violencia que se desató aquí ha sido mayor que en otras zonas fronterizas del país. Es mucho mayor que la de la Tijuana actual, mayor que la de Sonora, e incluso que la de Ciudad Juárez.

Sin embargo, esta región es una zona que parece no usar su voz. Del dolor causado por la violencia en Tijuana, Sonora y Ciudad Juárez ha nacido un lenguaje propio. Un lenguaje a veces hasta poderoso, que se oye a través de constantes reportajes hechos por periodistas nativos o llegados de fuera, o bien de novelas que cuentan la vida íntima de esas zonas.

Acá en la frontera noreste no pasa eso.

Bajo la atmósfera que prevalece ni siquiera es posible hacer diarismo de forma adecuada. De la realidad amenazante, la que se topan todos los días los reporteros locales, han quedado como constancia trágica los ataques con granadas a instalaciones de periódicos, así como el asesinato y la desaparición de periodistas. Sin embargo, gran parte de las intimidaciones no se conocen, ni siquiera aparecen en los registros de los organismos internacionales que han abierto oficinas en la ciudad de México los últimos años, alarmados por el aumento de las agresiones a la libertad de expresión.

La frontera noreste de México carece de un lenguaje propio en estos tiempos de guerra. Y sin lenguaje, la libertad queda mucho más lejos. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es. El lenguaje devela misterios.

Pero la frontera noreste no puede hablar.

Dieciocho



La nueva sede de la comandancia de la policía de Los Ramones, Nuevo León, donde está el rancho de Gerónimo, fue inaugurada a mediados de julio de 2010, en plena guerra. Entre tierra dura, rodeado por una cerca de aluminio, las autoridades construyeron un edificio de una sola planta, pintado de blanco con algunas rayas naranjas, para que operara la fuerza de seguridad pública local. Tres días después, el viernes 22, poco antes de las nueve de esa noche, cinco camionetas se estacionaron enfrente. Bajó una decena de hombres que tomaron suficiente distancia para que las balas no rebotaran cuando empezaron a descargar el contenido de los rifles que llevaban. Quién sabe cuántos disparos hicieron. La balacera duró veinte minutos y se lanzaron por lo menos cinco granadas. La fachada principal del edificio nuevo quedó como queso *gruyère* y la corporación entendió el mensaje: a partir de ese día la policía municipal de Los Ramones desapareció.

Gerónimo estaba a unos kilómetros de ahí, revisando el techo de una bodega de forraje para animales, algo deteriorada debido a la poca actividad del rancho que heredó de sus padres y que desde los noventa ha tratado de levantar. Algunas veces me ha tocado acompañarlo. Hacemos largos recorridos silenciosos. Trato de imaginar lo que Gerónimo piensa sobre estos tiempos con tanto ruido.

Aquella balacera contra la comandancia municipal de Los Ramones se oyó a varios kilómetros a la distancia. Hay quienes dicen que se hicieron mil tiros. Gerónimo no la escuchó.

Dos meses después del ataque a la comandancia, converso con Gerónimo en el comedor de su casa de San Antonio. Es una noche muy tranquila, aunque afuera se oye una tromba y por la ventana de la cocina se

mira el zigzaguo de unos rayos en el cielo. Le pregunto sobre la violencia en las carreteras y los pueblos por los que conduce. Me contesta que algunos rancheros le han contado de desapariciones forzadas de personas, de ranchos abandonados empleados como campos de entrenamiento de sicarios, de militares arrasando rancherías y otras cosas que ocurren en los alrededores, pero que él no presta demasiado interés en ello. Su filosofía es que si algo no tiene solución, entonces ni siquiera es un problema.

Gerónimo está en contra de la legalización de las drogas –como la abrumadora mayoría de los habitantes de Texas– porque cree que los niños harían suya esa adicción y todo se vendría abajo. No le caen bien “los sabihondos” que la promueven como “la solución”. Gerónimo es un texano en eso y otras cosas más. Sabe disparar un rifle, y supongo que no dudaría en usarlo si se viera amenazado durante uno de sus viajes en carretera entre Monterrey y San Antonio. Le planteo esa posibilidad y me responde señalando una herradura colgada en la pared de su casa. Está algo oxidada, pero veo que tiene inscritas las letras G.C.G., las iniciales de su nombre. Como muchos de aquí, Gerónimo cree que el calzado de los caballos es un amuleto para la buena suerte. La superstición vive un auge en la frontera. Quizás es necesaria para no ser sorprendido por la barba-rie, para no ser parte de ella también.

Gerónimo me explica que para él no todo se trata de fuerza. Siempre habrá alguien mejor que tú para disparar o alguien tendrá una mejor arma que la tuya. Lo importante es que tú tengas la razón en lo que haces y que no la sacrifiques por la fuerza.



Gerónimo y su esposa Ana, recién casados.

Diecinueve



En la mesa hay puré de papa, tocino crujiente, arroz y pavo. Bebemos té helado. Antes de sentarnos a comer en el día de Acción de Gracias, que este 2010 tocó que fuera el 25 de noviembre, Gerónimo se pasó la tarde arreglando el techo de la casa que construyó con sus propias manos hace ventidós años en las afueras de San Antonio. Gerónimo puso también por la mañana un barandal nuevo alrededor de la fachada principal y en la parte trasera agregó un cobertizo al garaje.

Platicamos de esos arreglos a la vivienda donde vive junto con su esposa Ana y una pequeña manada de perros chihuahueros. Entre los minúsculos e inquietos animales el consentido es *Dumb*. *Dumb* –tonto– es también la forma en la que antes se les llamaba a los sordos en Estados Unidos.

El plan de Gerónimo es hacer la mayor cantidad de arreglos que pueda a la casa donde vive. Luego quiere venderla y comprar una más pequeña y barata en el centro de la ciudad, adonde se mudará con su esposa Ana. Quién sabe qué pasará con las mascotas. Con el dinero que le quede de la venta, Gerónimo planea comprar otra casa, arreglarla y luego venderla más cara. Hace unos días, Gerónimo y su hijo mayor –que también se llama Gerónimo, aunque todos le dicen *Nimo*– encontraron una vivienda muy descompuesta, pero bien ubicada, que se vendía en treinta y cinco mil dólares. El sitio ideal para el plan de jubilación de Gerónimo. Fueron al banco a conseguir el dinero, pero en lo que cumplían los requisitos, alguien se les adelantó y compró la casa vieja.

El otro hijo de Gerónimo se llama Guadalupe y le dicen *Lupi*. Es un veinteañero que vive en Austin, dibuja estupendos cómics estilo japonés en sus ratos libres y trabaja con *Nimo* colocando escritorios y alfombras

en las oficinas de las agencias de seguridad estadounidenses a lo largo de la frontera. La mayoría de las cosas que platico con Gerónimo tienen que ser traducidas por su hijo *Nimo*, porque no sé hablar el lenguaje de señas. Tanto *Nimo* como *Lupi* oyen y hablan perfecto inglés, aunque el español les cuesta un poco de trabajo.

En el comedor está enmarcado el Padre Nuestro en Lenguaje de Señas y platos que recuerdan los viajes de Gerónimo. Platos de Arizona, Carolina del Norte, Georgia, Indiana, Florida, Nebraska, Kentucky, Oklahoma, Missouri, Texas, Nuevo México, Washington, Las Vegas, Myrtle Beach, Alabama, Hawai... Un televisor enorme está encendido en la sala, con el Western Channel sintonizado. Gerónimo se va para allá, se quita las botas vaqueras y se sienta a ver una película de John Wayne. Salgo con *Lupi* a disparar un rifle en el monte. Es un 22, la sensación de la bala que parece salir de tu pecho es peligrosamente aliviadora: te da cierto poder, vacía tu miedo.

Regreso y ha caído la oscuridad total en el valle.

Me siento de nuevo a platicar con Gerónimo. He convivido con personas sordas desde que soy niño y los que conozco no paran de hablar. Apenas los ves y están relatando una historia tras otra, o preguntando cosas. Sin embargo, creo que si Gerónimo pudiera usar sus cuerdas vocales para hablar, hablaría poco. Es parco, como muchos paisajes de la frontera. En general, habla sólo lo necesario. Le cuento que estoy residiendo una temporada en Nueva York y que quiero saber qué piensa de Estados Unidos, ya que tengo sentimientos encontrados. Me dice que él se enteró de lo que sucedió en las Torres Gemelas y no lo creía, que no ha querido ver las imágenes de los aviones estrellándose contra los edificios, que en Estados Unidos no hay tanto racismo como se dice, aunque recuerda a un sordo mexicano asesinado en Virginia por una de esas pandillas de negros que acosan a los latinos: su amigo se topó con ellos en la calle y lo insultaron

sin saber que era sordo y no podía escucharlos. Lo golpearon hasta que murió. Me dice que en Estados Unidos tratan mejor a los sordos que en México, aunque ha sabido que ahora hay empresas grandes en Monterrey, como Gamesa y Whirlpool, que dan empleos a sordos, y que en Santa Catarina, Nuevo León, el gobierno puso una escuela técnica exclusiva para sordos. Pero que, por mucho, Estados Unidos es el mejor país para los sordos. Que en Las Vegas hubo del 18 al 23 de julio de 2010 un Congreso Mundial de Sordos. Sesenta mil sordos venidos de todo el mundo: sordos de la India, sordos africanos, sordos de Francia, de cualquier lugar que te imagines. Que quiso ir pero no pudo porque tenía trabajo, aunque su hermana Graciela sí fue y le platicó después sobre aquello, una cosa increíble, maravillosa. Que también hubo un concurso de belleza, Miss Deaf International, para escoger a la sorda más bella del mundo. Que ganó una sorda de Bélgica, alta y delgada, con el pelo del color de la hierba amarilla, en segundo quedó una chica de Sudáfrica, después una trigueña de Lituania (que por las fotos que vio, para él era la que merecía ganar), y en cuarto y quinto lugares, una de Irán y una de Brasil. Que admira a Estados Unidos. Que George W. Bush y Barack Obama no le importan.

Luego toco un tema medio escabroso: el de los Paoletti, la familia de sordos mexicanos de ascendencia italiana que fue detenida y procesada en julio de 1997 en Nueva York por dirigir una red que se encargaba de traer sordos mexicanos a Estados Unidos y los ponía a trabajar vendiendo llaveros en las calles. Gerónimo me dice que por supuesto supo de ese caso que le dio la vuelta al mundo. Que los Paoletti tenían fama de maltratar a los sordos. Le comento que varios profesores sordos del Distrito Federal me dijeron que ellos creían que en realidad el operativo contra los sordos mexicanos tenía como finalidad persuadir a los sordos mexicanos para que no se vinieran a Estados Unidos a trabajar ilegalmente. Que activistas sordos que entrevisté en el Distrito Federal me dijeron que por supuesto

que los sordos migrantes vivían en condiciones infrahumanas, como las que exhibió *The New York Times* en unas fotos de una de sus portadas, donde se veían camas y colchonetas amontonadas en diminutos espacios, pero que estas condiciones infrahumanas son las que suelen tener muchos migrantes mexicanos, sean sordos o no, cuando llegan a Estados Unidos. Gerónimo dice que él no sabe qué decir, que la familia Paoletti tenía mala fama desde antes de que pasara todo lo que pasó. Que por suerte, él tuvo la posibilidad de salir adelante en Estados Unidos. Que lo que él sabe es que los Paoletti fueron juzgados, y al parecer ya están por salir y se dice que contarán su versión de las cosas en un libro preparado en todos estos días transcurridos en prisiones mexicanas y estadounidenses. Que habrá que leer ese libro para conocer su versión.

Veinte



Gerónimo estaciona su camioneta afuera de El Rubio, comedor frente a la antigua Fundidora de Monterrey, al que a veces llega antes de agarrar carretera de regreso a Texas. La costumbre la adquirió cuando acompañaba de niño a su papá al rancho, para ayudarlo a matar los cabritos que la familia traía a vender a Monterrey. Pide un vaso con agua mineral y un bistec con papas. Cuando está por terminar de comer el filete, agarra el hueso con la mano derecha y lo levanta a la altura de su boca para poder arrancarle con los dientes la carne que le queda. De un tirón.

El día que su padre, Guadalupe, fumador empedernido, murió a causa de un enfisema, le tocaron *Te vas, ángel mío*, una canción fúnebre que Gerónimo nunca ha escuchado, pero que sabe que su padre la ponía durante los viajes en la carretera que ambos hacían al rancho y que iniciaban en

El Rubio. Su padre la ponía en la carretera, porque le recordaba la despedida que a su vez le había dado a su propio padre. Gerónimo ha pedido que cuando muera, le toquen también esa canción que oía su padre y que él nunca podrá escuchar.

Justo esa canción es la primera que entona un *fara-fara* norteño que llega al restaurante cuando Gerónimo está pagando la cuenta para irse.

Te vas ángel mío,
ya vas a partir
dejando mi alma herida
y un corazón a sufrir.
Te vas y me dejas
un inmenso dolor
recuerdo inolvidable
me ha quedado de tu amor
pero, ay, cuando vuelvas
no me hallarás aquí
Irás a mi tumba
y ahí rezarás por mí
verás unas letras
escritas ahí
con el nombre y la fecha
y el día en que fallecí.

Gerónimo va a cruzar la frontera, de regreso a su casa en San Antonio tras visitar a su madre en Monterrey, María de Jesús, quien a sus ochenta y ocho años está un poco enferma. La tarde declina, uno que otro remolillo de polvo pasa por ahí. Sus ojos café claro con la luz invernal parecen cebada. Apenas ha avanzado unos kilómetros cuando vuelve a detener

la marcha de su camioneta *pick-up* Silverado afuera del último Oxxo que hay en Monterrey antes de tomar la carretera a Nuevo Laredo. Entra a la tienda y echa un vistazo a la portada del periódico con fecha de enero de 2011. Lo más importante del día es la noticia de un policía federal de caminos decapitado en China, un municipio de Nuevo León pegado a Los Ramones. “Encuentran cabeza sin vida de federal”, dice absurdamente el titular de la historia.

De regreso a la camioneta pongo una pegajosa cumbia de Los Tigres del Norte. Se llama *El sordomudo*.

Soy enamorado
como cualquier hombre
aunque les extrañe
y les asombre.
Soy un sordomudo
que no oigo ni hablo,
y así como estoy,
me dicen *El Diablo*.
Le hablo a las mujeres
con puras señas,
luego les digo
que me gustan ellas,
pero yo les digo que me gusta el gorro,
para cuando bailo este movido porro.

Veintiuno



Hombres de ojos acelerados, que cargan maletines y llevan pantalones de mezclilla apretujados y camisas vaqueras, caminan por el aeropuerto como si fuera a explotar una bomba. Es el verano de 2011 y viajo a San Antonio, Texas, junto con el fotógrafo Rodrigo Vázquez, para que conozca a mi tío y lo retrate.

Gerónimo y su cuñado Germán pasan por nosotros a las seis de la tarde en una camioneta Avalanche roja y nueva. Dan un par de vueltas hasta que nos ven a lo lejos. Hacen señas para que nosotros los veamos a ellos.

Gerónimo viajará la mañana siguiente de San Antonio a Monterrey para visitar de nuevo a su madre y revisar el estado en que se encuentra la cabaña de uno de sus sobrinos, enclavada entre la sierra de Santiago, algo abandonada y necesitada de un buen carpintero. Hoy pasaremos la noche con él y después lo acompañaremos en el viaje a México.

Al salir de la terminal paramos en una gasolinera. Mientras Gerónimo llena el tanque se queja de lo caro que está el combustible y menciona las incomodidades generales de viajar. Tan sólo en lo que va de 2011, hasta este mes de mayo, Gerónimo ha cruzado la frontera once veces.

Después de cargar gasolina vamos a un Walmart para comprar la bebida de la cena. Gerónimo aprovecha y mete al carrito del súper un pantalón negro Wrangler de quince dólares, que se pondrá al día siguiente.

La casa de Gerónimo está en las afueras de San Antonio, es una especie de ranchito al que en las mañanas a veces se acerca uno que otro venado. Son casi treinta kilómetros desde el aeropuerto hasta ahí.

Cenamos costillas de cerdo, coliflor, arroz y una salsa verde picante que ha preparado Ana, su esposa. Hablamos sobre tatuajes. Le digo que no entiendo por qué en Estados Unidos es tan común y en México no.

Él me dice que tampoco lo sabe y que a él le desagradan porque se ven mal. Le digo que planeo ponerme uno pronto y sólo ríe. Nimo, su hijo, no está, así que toda la conversación que tenemos es con mi limitado conocimiento del lenguaje de señas, aunque de vez en vez agarro una hoja y le escribo lo que quiero decirle. Germán también me pregunta cosas de esta forma.

Saco el tema del dinero que le prestó a mi familia en 1995 para el pago de la *Hipoteca*. Me dice que en ese entonces había hecho varios trabajos de carpintería y tenía dinero ahorrado de la época en la que vendía llaveros y artilugios por todo Estados Unidos. Además, no hacía tanto que había dejado de trabajar en una fábrica de baterías eléctricas automotrices. Le pregunto que por qué ayudó a sus hermanos y a su familia, en lugar de acumular ese dinero. Me responde encogiendo los hombros y haciendo una mueca de desdén, una seña que cualquiera entiende. ¿Para qué acumularlo?

En eso aparece su perro chihuahuero *Dumb*, que recientemente fue mordido por una víbora del monte. Por fortuna, no lo mató, pero le provocó una bola en el cachete, que se le quitó con una inyección. A dos días de la cura, regresó con otra bola igual y las inyecciones se repitieron. Ahora el perro ya casi no sale al monte que rodea la casa de Gerónimo.

Nosotros sí salimos al monte después de cenar. Gerónimo se fuma un cigarro Marlboro en el cobertizo. Es como el décimo tabaco del día y eso que dice que ahora fuma menos. Platicamos de venados y después nos vamos a dormir. A la mañana siguiente cruzaremos la frontera.

Veintidós



Antes de acostarme escucho uno de los éxitos musicales de hoy en Reynosa, que más allá de la frontera noreste es inconmensurablemente desconocido. Lo cantan dos jóvenes veinteañeros que se llaman Cano y Blunt. La guerra alrededor del rancho de Gerónimo en Los Ramones no se canta a ritmo de acordeón, tololoche, bajosexto y guitarra, como indica la tradición nortea, sino con hip-hop:

Bienvenidos a mi reino: Reynosa querida,
donde a diario la gente se rifa la vida,
gente que pesa, gente que te vuela la cabeza.

Ándate con cuidadito o de balas te atraviesan,
cuerpos mutilados y tirados al canal,
demasiada maldad pa' caber en un penal.
Los cuerpos en la orilla de la villa,
súbele al estereo, puro Beto Quintanilla.

Mucha gente que viene de afuera,
hay un chingo de chamba y un chingo de loquera,
mi gente pandillera y mi nena talonera.
Reynosa de a de veras, ¿que chingados esperas?
La peda en la loquera, está brava la frontera.
No cuento una novela, esto es chile de a de veras,
chécalo en las noticias, pura gente con malicia,
por las drogas se desquician, por la feria se avarician.
Somos puro Reynosa,

un chingo de malandros, pura gente mafiosa,
lo sufres o lo gozas.

Reynosa la maldosa, la calle es peligrosa.

Mientras concilio el sueño, pienso que lo que cantan los chicos de Reynosa se aplica en buena medida al resto de esta zona en guerra que inicia en Matamoros. Se cree que Matamoros fue fundada por piratas holandeses e ingleses en la desembocadura del río Bravo, y que hubo un tiempo en que se llamó Bagdad. Si se mira un mapa, río arriba, de Matamoros a Ciudad Acuña, Coahuila, se forma una especie de pasillo en el que fue acomodada esta región de México, tras la guerra de 1846 con Estados Unidos. Reynosa, Piedras Negras, Colombia y Nuevo Laredo son nombres de otros lugares del camino, separados del territorio texano por un torrente impredecible al que los que viven en la otra orilla le dicen Río Grande.

Si uno ha vivido alguna vez aquí, se da cuenta pronto de que el tipo de vida de la franja abarca más municipios cercanos de Tamaulipas, no precisamente fronterizos, como Ciudad Mier, San Fernando y Valle Hermoso, o bien de Nuevo León, como China, General Bravo, Agualeguas, Cerralvo, Los Ramones y Sabinas Hidalgo. La “capital” de esta frontera está en Nuevo León, no en Tamaulipas. Monterrey es la ciudad grande que le queda cerca. Doscientos diez kilómetros la separan de Nuevo Laredo, mientras que Ciudad Victoria, capital oficial, está a más de trescientos kilómetros. Y el puerto de Tampico, se dice en broma, ya es Veracruz.

A principios de 1994, cuando llegaron las noticias del alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), ocurrido en la otra frontera, allá en la sur, acá en ésta hubo gente que trató de aprovechar el barullo nacional para anexar de manera oficial la frontera tamaulipeca a Nuevo León. El 5 de febrero de ese año, día de la Constitución, grupos locales como la Asociación de Agentes Aduanales de Nuevo Laredo, el

Consejo de las Instituciones de Miguel Alemán, la Asociación de Constructores y las barras de abogados de Camargo y Guerrero propusieron la realización de un plebiscito para que sus municipios abandonaran Tamaulipas y se integraran a Nuevo León. El principal diario de la región, *El Mañana*, difundió los resultados de un sondeo en el que siete de cada diez entrevistados estaban de acuerdo en que sus pueblos y ciudades fueran neoleonesas. Pero la medida nunca prosperó.

Veintitrés



En mayo de 2010, viajé a San Salvador para participar en un foro de periodismo convocado por colegas de El Faro.Net. Tras una reunión privada, el coronel David Munguía Payés, ministro de la Defensa Nacional de El Salvador, me explicó una razón orográfica por la cual durante los tiempos violentos actuales en México, los combates son más intensos en los pueblos y caminos de Tamaulipas que en Sinaloa, el sitio de la génesis del narco mexicano.

El Salvador vivió una guerra que duró más de veinte años y acabó en 1992. La experiencia de combate de los militares salvadoreños es superior a la de sus colegas mexicanos, así es que se trata de la opinión experta de un hombre, que además en el encuentro previo dio luces de estar bastante dispuesto a traducir a civiles la en ocasiones indescifrable lógica castrense.

—Se debe a que en Sinaloa hay montañas y en Tamaulipas no —me dice con tono seco el coronel Munguía.

Luego continúa explicando que en el noroeste mexicano, los grupos armados pueden refugiarse en el interminable sistema montañoso compartido entre Sinaloa, Chihuahua y Durango, conocido como “El Triángulo Dorado”, y así evitan los enfrentamientos regulares entre ellos, o bien con

el ejército y los policías, mientras que en la frontera de donde yo vengo hay un valle inmenso, con uno que otro páramo, en el que no existe montaña alguna que proteja o dé resguardo a los grupos armados.

—Un militar mexicano me dijo que en Tamaulipas la policía local era la montaña del narco, y que muchas veces también, la montaña que los protegía eran las mismas comunidades, policías locales y hasta pueblos enteros. Supongo que por eso hay más batallas en Tamaulipas que en Sinaloa —dice el coronel salvadoreño.

Después supe que el militar mexicano que le había hablado de la montaña de Tamaulipas al ministro de la Defensa de El Salvador, era el general Ricardo Clemente Vega García, secretario de la Defensa Nacional de 2000 a 2006.

Veinticuatro



Escribí la historia de mi tío entre viajes constantes que parecían nunca terminar, y al mismo tiempo que trataba de hacer otras historias sobre lo que está ocurriendo en la frontera noreste de México, buscando entender qué sucede ahí.

¿Cómo escribir sobre el silencio? Esa era la pregunta que tenía en la cabeza cuando pensaba en la historia de mi tío el vaquero. Ésa era la misma pregunta que me hacía al pensar en la frontera noreste de México.

En una ocasión, a las cinco de la mañana, en una parada de la línea B del metro de Nueva York, una chica negra, de cuerpo musculoso y boina gris, se acomodó junto a mí en la banca del solitario andén.

—This not a life for a woman —dijo, y después se le salieron unas cuantas lágrimas.

No supe qué decirle. No sé inglés. Con dificultad entendí lo que acababa de decir. ¿Cómo iniciar ahora una conversación que permitiera consolarla un poco?, ¿qué vida es la que no merece una mujer?, ¿qué hago para tener una conversación con ella que la alivie un poco? No supe qué hacer. Tal vez abrazarla, pero quizá eso no estaba bien. Yo no la conocía, era un extraño. ¿Y si yo hubiera entendido mal lo que me acababa de decir? Le di un silencio como respuesta. Un largo silencio que terminó cuando llegó el metro y ella se subió. Y yo también, en otro vagón.

Así traté de escribir la historia de mi tío, durante mi estancia en Nueva York, donde me topo con misterios simples, cotidianos, debido a que no oigo bien el lenguaje de aquí, el cual, además, tampoco puedo hablar.

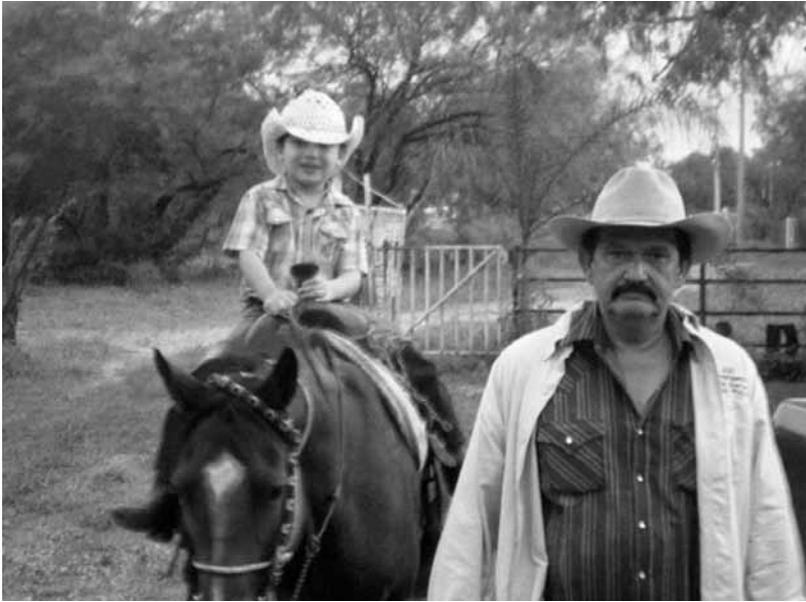
A la chica de boina gris hubiera deseado decirle tan siquiera que la vida vale la pena. O algo así.

Desde Manhattan, a través de mensajes electrónicos, pedí a los escritores mexicanos Eduardo Antonio Parra, Martín Solares y Yuri Herrera, narradores del mundo fronterizo, que me recomendaran una novela sobre Nuevo Laredo o Reynosa. No se les vino ninguna a la mente. En persona hice la misma pregunta a escritores como Francisco Goldman, John Giber y Daniel Alarcón, pero tuve la misma respuesta.

Quizá sí hay alguna novela por ahí, pero por ahora no ha sido descubierta. A diferencia de la abundante cantidad de novelas sobre Tijuana, Sinaloa, Sonora y Ciudad Juárez, todavía no se ha oído la voz de esa frontera noreste de México, incógnita, donde nacieron Los Zetas, y en la que los periódicos locales, tras una masacre de 72 migrantes en agosto de 2010 y amenazados por la mafia, minimizaron la cobertura de uno de los mayores crímenes masivos en la historia reciente del país.

Por lo menos de los que hoy se sabe.

¿Por qué hay tanto silencio en la región donde Gerónimo nació y creció y viajó con relativa seguridad durante más de treinta años?



Gerónimo en el rancho.

Hablé por teléfono con el corresponsal de guerra de la revista *New Yorker*, Jon Lee Anderson, un día antes de que partiera de Londres a África para atestiguar el nacimiento de un nuevo país, Sudán del Sur, y le pregunté lo mismo. Me dijo:

—En Estados Unidos y quizá en buena parte de Europa, si tu dices *Tijuana*, *Sonora*, *Sinaloa* o *Ciudad Juárez*, es muy probable que la gente tenga una idea de dónde están esos lugares, e incluso sabrán más o menos lo difícil que se lo pasa ahí. Pero si tu dices *Tamaulipas*, lo más probable es que nadie sepa de qué estás hablando.

¿Por qué?

Alma Guillermoprieto fue bailarina de ballet en los años sesenta y setenta, primero en Nueva York y luego en La Habana. Después se fue a las guerras de los ochenta en Centroamérica, para empezar una carrera como periodista. En esa época escribió crónicas con títulos trágicos interminables como “Los cuerpos arrojados en el mar de lava salvadoreño ponen de manifiesto la violencia contra civiles”. Narró El Mozote, la masacre más grande del siglo xx en Occidente: soldados salvadoreños que habían sido entrenados por asesores militares estadounidenses quemaron vivos y cortaron a machetazos a ochocientos hombres, mujeres y niños. El *Washington Post* publicó su historia en primera plana y después no hubo seguimiento alguno. Ningún editorial, ninguna cobertura en televisión, ninguna nota en los demás periódicos. Algunos medios liberales y activistas mantuvieron la insistencia en esclarecer lo que había sucedido.

Doce años después, un equipo de antropólogos forenses argentinos fue a excavar al sitio de la matanza y documentaron las muertes, hueso por hueso.

Pero en el siglo siguiente, septiembre de 2010, Alma, periodista consagrada que traduce a América Latina para los lectores de Estados Unidos, convocó a escritores, reporteros, fotógrafos, músicos y cineastas a colabo-

rar en un altar virtual en recuerdo del asesinato de los 72 migrantes de San Fernando. Los hombres y mujeres camino al sueño americano que fueron hallados con un tiro en la cabeza el 23 de agosto de 2010 gracias a la iniciativa de Alma tuvieron quienes contaran sus historias en medio del páramo de silencio tamaulipeco.

Cuando lanzó el proyecto del altar al público, a través de la página www.72migrantes.com, Alma dijo en un comunicado que esto se hacía a sabiendas de que no han sido sólo 72 los viajeros que han perdido la vida en su travesía rumbo a la frontera con Estados Unidos. Dijo que quizás sumen miles las víctimas cuyos huesos yacen en algún desierto, en algún galpón, sin que se vaya a saber jamás de su muerte. La idea del altar, en el cual un escritor o bien un periodista cuenta la historia de uno de los migrantes víctimas de la masacre, es “abrir un pequeño espacio para su voz”.

Le escribí a la antigua bailarina para pedirle que me describiera cómo se había enterado de la masacre y la forma en que había decidido tomar la iniciativa de hacer el proyecto que luego cobró forma de cápsulas de radio, libro y un altar levantado el 2 de noviembre en el patio de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. Alma contestó:

Fue de esas ocasiones en que a uno se le fija para siempre qué es lo que estaba haciendo en el momento. Me acababa de sentar a desayunar, que es un tiempo que disfruto, y vi el encabezado y no entendí nada. Aun para los horrores a los que estamos acostumbrados, lo que nos estaba describiendo la nota muy a grandes rasgos era insólitamente horrendo, arbitrario, cruel, no tanto por las torturas a las que se hubiera sometido a las víctimas, pues parece que no hubo, sino por la frialdad con la que se asesinó a gente (¡Seis docenas de seres humanos!) que por decirlo así no tenía vela en este entierro de los narcos.

El 20 de noviembre de 2010, Elda Cantú, maestra en estudios latinoamericanos por la New York University, nacida en Reynosa y encargada en ese momento del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades de la preparatoria del Tec de Monterrey, envió un artículo que se publicó al día siguiente en la portada de *El Norte*, el diario más influyente de la región.

El texto, una especie de grito tras efímeras noticias que hubo por el desplazamiento de cientos de personas en Ciudad Mier, recalca la falta de una voz propia en la región:

Los tamaulipecos no son gente que se raja, pero nuestras ciudades no tienen todavía una narrativa legítima de la violencia como la de Ciudad Juárez. Reportar sobre lo que en ellas pasa vale poco la pena porque se sabe casi nada sobre sus peligros. Y, sin embargo, son parte importante en esta historia de la guerra que todavía no sabemos calificar... Tendríamos que empezar un diálogo en torno a los errores que cometimos en la frontera para que no los repitamos en el resto del país. Tal vez el más terrible haya sido el de la indiferencia comodina. El de voltear al otro lado y callarse la boca.

Unos meses después de la publicación del artículo, Elda Cantú dejó su trabajo y emigró de Monterrey. Viajó a Perú para trabajar como editora adjunta de la revista de periodismo narrativo *Etiqueta Negra*. En Lima convive con narrativas de diversos lugares del mundo. Tal vez para volver un día y trabajar en la que tanto hace falta a la frontera donde nació.

Los asesinatos y desapariciones de estos años en la frontera noreste no serán siempre una montaña invisible o algo que para el caso es lo mismo: una montaña de estadísticas. Hay periodistas, escritores y activistas de la región que creen que en los próximos años van a relatarse las historias y la verdad de lo que sucede aquí. Que la desmemoria no ganará.

Tras la guerra de Vietnam, tras los años del senderismo en Perú, así como en Colombia con los paramilitares y en Ruanda después del genocidio, emergieron voces que explicaron qué había sucedido ahí. Cuando le llegue ese momento a la frontera, se oirán voces parecidas. Se irán recordando los hechos y se conocerá qué hubo detrás de masacres como la de 72 migrantes, en San Fernando, el 23 de agosto de 2010; así como el hallazgo de decenas de hombres y mujeres enterrados en fosas clandestinas de Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León.

¿Y mientras tanto...? Mientras eso pasa, tal vez el silencio de esta frontera se expresa con un lenguaje críptico, a través de contraseñas que no se pueden comprender. O tal vez también, como dice el escritor Juan Villoro, no exista sistema lingüístico alguno capaz de dar cabida a tantos horrores con los que acabó la primera década del siglo XXI mexicano.

Veinticinco



Tío está en la cocina y prepara Nescafé. Por la ventana no se mira ningún venado entre la neblina de las seis de la mañana. No vinieron los animales que está permitido matar en Texas, siempre y cuando seas dueño de una gran extensión de tierra, que Tío no posee. Tío tuerce un poco la boca, decepcionado. Quería que viéramos venados y los fotografiáramos. Tío es un texano que prefiere mirar venados, antes que dispararles con su rifle.

Tío va a sentarse al comedor. Desayuna dos cafés. Luego sale y revisa el aceite de Van. Van es una camioneta del año 98 en la que se hará el viaje a Monterrey. La dueña de Van es Marylú González, sobrina de Tío que vive en el pueblo cercano de Buda, Texas.

El viaje será en *Van* porque la *Avalanche* roja nueva de Tío no puede cruzar *Frontera*. Recorrer las carreteras del noreste mexicano en una camioneta así es asunto de alto riesgo. *Frontera* te pide en estos tiempos que no llames la atención, que bajes el perfil, que desaparezcas lo más que se pueda. Ya pasó de moda regresar a México en el trocón. La moda de ahora son las camionetas feas como *Van*. Tío suele cruzar *Frontera* en una fea Chevrolet Silverado blanca, cabina y media, algo raspada de los costados y que le costó ochocientos dólares. Como *Van*, la vieja Silverado es muy útil para sacarle la vuelta a *Guerra*. Tío estuvo buscando una Dodge, porque a los grupos armados de *Frontera* tampoco les gusta robar ésas, aunque sean nuevas. Dicen que son muy lentas a la hora de que persigues a alguien o cuando te persiguen a ti. Por eso *Guerra* las deja en paz.

Tía y la manada de perros chihuahuenses —excepto *Dumb*, que ya no sale de casa— despiden a Tío y a la comitiva que lo acompañamos. *Van* sale de la casa y se detiene en un McDonald's, el único sitio con internet en treinta kilómetros a la redonda. Mientras envió un mensaje electrónico a Sonora, Tío se queda afuera, fumando el tercer o cuarto cigarro del día, sacudiendo con delicadeza el sombrero vaquero, hecho con paja de arroz.

A las diez de la mañana, *Van* entra a la carretera, rumbo a *Frontera*. El golpe de calor veraniego llega con todo una vez que Tío toma el camino texano que va de San Antonio a Laredo. La temperatura de Laredo es de casi cuarenta grados. Tío conduce a ciento veinte kilómetros por hora y no hay aire acondicionado. *Van* es un sauna en movimiento.

A Tío le gusta conducir rápido. Un día en otra carretera de *Frontera* fue detenido por un policía federal.

—El señor no oye y no habla —se adelantó a decirle Carlos, cuñado de Tío, al agente que se acercó a la ventana del conductor.

—Híjole, ¿es sordomudo el señor? Mmm... No oirá, pero bien que le pisa al acelerador.

Laredo recibe a *Van* con un interminable paisaje de casas de cambio que anuncian en sus pizarras que la compra de dólares está hoy en 11.10 pesos, y la venta en 11.60. *Van* hace una breve escala en un Wal-Mart para conseguir un Minisplit que le pidió a *Tío* una sobrina, para combatir los calores de Monterrey. Al salir del estacionamiento, una mujer atraviesa su *Cavallier* sin precaución alguna. *Tío* frena rápidamente y luego toca el claxon un par de veces. Ahora reanuda la marcha.

En la aduana estadounidense, el agente de migración pide sus papeles a *Tío*. *Tío* se los da y no hay mayor diálogo. Hay trámites de *Frontera* para los que no hace falta hablar. *Van* cruza el puente internacional. El aire sigue caliente, una tanqueta militar y el olor a Chile recibe a *Tío*, junto con el letrero: “Bienvenido a Nuevo Laredo”.

Van gira una calle a la izquierda, avanza por una avenida a la orilla del río Bravo algunos kilómetros, hasta un cruce de semáforos, ahí da vuelta a la derecha y abandona el centro de Nuevo Laredo para llegar a la salida de la ciudad, inconfundible por los cementerios de chatarra automotriz llamados *yonkes*. Nuevo Laredo queda atrás, ahora hay un paisaje carretero. Mezquites y tierra a los lados, y una línea recta, donde *Guerra* es quien da la bienvenida, con un retén militar. El soldado pregunta con voz ronca a *Tío*: ¿Adónde van?, ¿de dónde vienen? *Tío* hace señas y su sobrina *Marylú* le dice que el conductor no escucha ni habla. El militar se le queda viendo a *Tío*, hace una mueca indescifrable y dice que continúe. *Van* avanza por *Frontera*. *Tío* comenta el reciente hallazgo de decenas de personas enterradas en fosas clandestinas; supuestamente cuerpos de pasajeros de autobuses asesinados por *Guerra*.

Unos kilómetros adelante, *Van* se detiene en una casa destechada que es una vulcanizadora. Hay una hilera de dieciséis tráileres estacionados en esa misma orilla elegida por sus conductores para detener un rato la marcha y estirar los músculos. *Van* tiene ahora sus llantas con el aire

bien calibrado. Se oye la laringe prodigiosa de Don Wasler. Suena country texano a través de la frecuencia de una radio de *Frontera*.

Tío quiere parar a comer en un restaurante carretero a la altura de Sabinas Hidalgo, el pueblo donde nació Guadalupe, su padre. El lugar se llama Oasis y suele tener buena carne y precios normales. Tío llega al restaurante Oasis y ve un autobús saliendo en reversa del solitario estacionamiento. Se da cuenta de que el sitio ya cerró. El Oasis desapareció. Más adelante, en la autopista de cuota, encuentra otro lugar abierto para comer, el único de por aquí que *Guerra* no ha clausurado. Se llama La Bamba. Durante la comida, Tío ya no habla de personas desaparecidas o asesinadas. Mira un partido de México contra Ecuador que pasan en el televisor, aunque le aburra el fútbol. Come tacos de carne asada y un queso fundido que parece crema. Vasos grandes con hielo y refrescos de ponche. Muchas tortillas de harina, pequeñas y gruesas, típicas de *Frontera*.

Antes de subirse a *Van* para continuar el viaje a Monterrey, que ya está a unos cien kilómetros de aquí, Tío prende un cigarro y cuenta del día en que le miró los ojos a *Guerra*: un convoy con personas armadas pasó junto a él en una brecha perdida cerca de su rancho en Los Ramones. Tío dibuja con la mano en el aire la última letra del abecedario español para decir quienes eran los del convoy. Ese día iba montado a caballo y ellos no pararon la marcha cuando pasaron junto a él, lo ignoraron por completo. El caballo se levantó un poco, alterado por el paso de las ocho camionetas rompiendo el silencio de *Frontera*. Seguramente el caballo también hizo un ligero relincho.

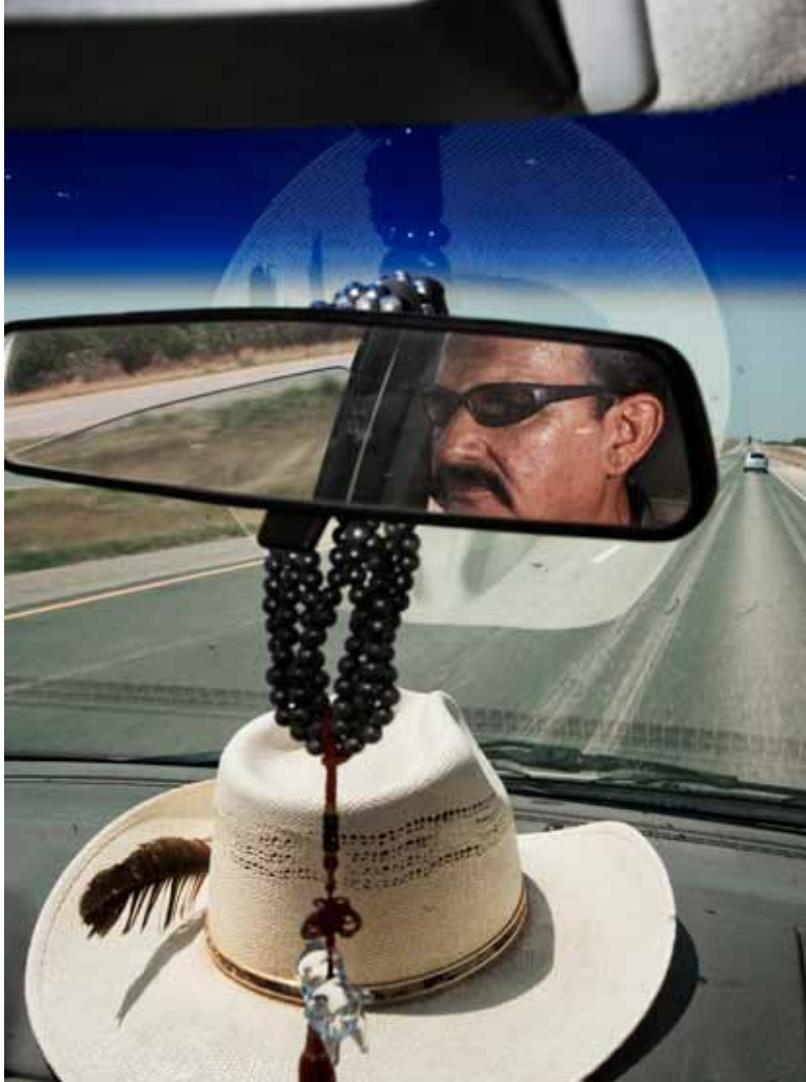
Todo lo inusitado y singular, lo sorprendente y extraño rebasa la palabra discursiva; sólo el silencio puede "nombrarlo". La muerte y el sufrimiento exigen silencio, y la actitud callada de quienes los presencian no sólo enseña respeto o simpatía, también significa el misterio injustificable y la vanidad de toda palabra. También el amor, y la gratitud colmada, precisan del silencio.

Vislumbres de lo otro, Luis Villoro

II. El vaquero que no escucha los caballos relinchar

Rodrigo Vázquez















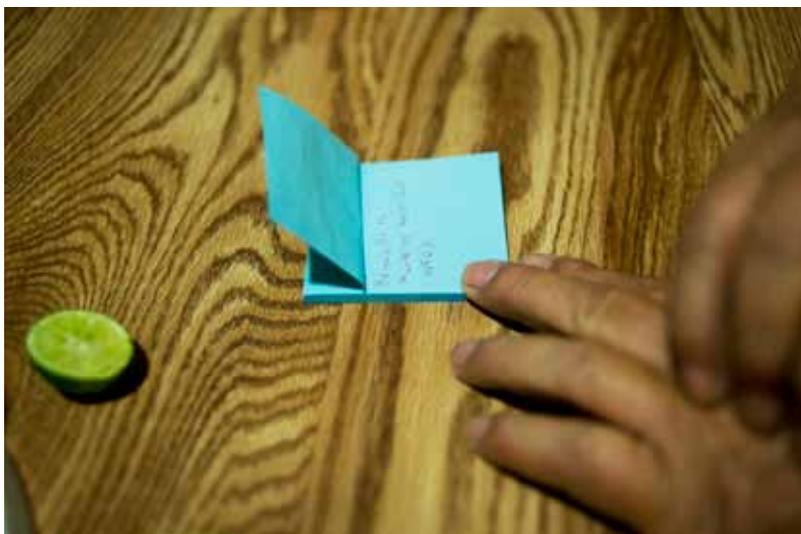


















Habla San Fernando

Epílogo

Un lugar de Tamaulipas llamado San Fernando fue motivo de asombro el 23 de agosto de 2010, después de que fueron encontrados ahí los cadáveres de 72 migrantes asesinados de un tiro cada uno. Este sitio donde sucedió una de las masacres más terribles de los últimos años en Latinoamérica, se resiste a ser considerado “un pueblo infernal”, como se le ha llamado.

Algunos de sus habitantes, dolidos ante lo sucedido y aún conmocionados, se niegan a considerar que San Fernando, ciudad antesala de Matamoros (a 128 km de ahí) y Reynosa (a 138 km) quede en la memoria histórica como el pueblo infernal.

San Fernando es el municipio más extenso del territorio de Tamaulipas y uno de los más grandes del país. Hay también una gran cantidad de ejidos entre los cuales se encuentra el más extenso todo el país, el cual lleva por nombre ejido Pancho Villa. Su población es de casi cien mil habitantes y su economía tiene como columna vertebral la agricultura, la ganadería y la pesca. San Fernando colinda con la Laguna Madre: dos mil kilómetros cuadrados de extensión. Camarón, curvina, ostión y lisa son las especies más comunes en ella, las cuales dan trabajo a muchos migrantes que llegaron del sur del país para establecer sus vidas ahí principalmente provenientes de Veracruz. La región es ideal para la pesca deportiva, la cual se realiza todo el año.

San Fernando es considerado un sitio familiar por sus lugareños ya que al ser una ciudad chica, es común que al salir a la calle un sanfernandense se tope con caras conocidas. No es raro que los habitantes –principalmente del casco– tengan un pariente que haya sido presidente municipal

o que exista una escuela primaria o secundaria que lleve el nombre en honor de alguno de sus antepasados.

El turismo en San Fernando se refleja en semana santa, al recibir a visitantes de Nuevo León y Coahuila, así como de Estados Unidos para disfrutar de la playita conocida como La Carbonera, desde donde se puede tomar una lancha para llegar a una barra que es una hermosa isla virgen enorme y donde al cruzar una loma se aprecian las olas del imponente mar abierto. En el trayecto del primer cuadro de la ciudad a ese lugar conocido como La Carbonera hay varios ranchos conocidos como *hunting lodges*, los cuales desde hace muchos años reciben principalmente a visitantes de Estados Unidos durante la temporada de caza de la paloma de ala blanca, que se da precisamente entre agosto y octubre, y que arroja una derrama económica muy importante para los pobladores. Hace no muchos años, en estos meses, estuvieron en el rancho El Tesoro jugadores de los Indios de Cleveland y Bravos de Atlanta, equipos de las grandes ligas del beisbol de Estados Unidos.

La historia de San Fernando empieza en 1749. Es fundada por un español y sus primeros habitantes eran de Cadereyta, Nuevo León. Se dice que debido a la fama de “locos” que traían sus colonizadores, la ciudad fue conocida coloquialmente como San Ferloco motivo por lo cual es blanco de chistes desde hace mucho tiempo. Entre las adversidades que ha debido pasar la ciudad están principalmente inundaciones provocadas por huracanes como El Viula, El Gilberto, El Emily y El Alex, los cuales provocaron el desbordamiento del río San Fernando, el cual tiene sus orígenes en Nuevo León. San Fernando fue paso obligado en épocas de la Revolución, por lo cual sobran las leyendas urbanas de muchos tesoros enterrados y desenterrados e historias de fantasmas contadas por trailereros al pasar por la famosa Loma Colorada.

Una joven que nació en San Fernando y permaneció ahí hasta los 17 años de edad recuerda que en la casa donde vivió había una palma de

seis metros pintada con anillos de colores de la raíz a la punta, la cual adornaba la entrada de su hogar y servía como referencia para dar alguna ubicación en el centro de la ciudad. La sed de ella se apaciguada con agua de lluvia que su padre recolectaba en un tonel de tres metros de altura y que se rellenaba cada vez que el cielo quería. Aventar piedras en las norias era uno de los pasatiempos más divertidos, así como ir al rancho y montar a caballo. Lluvias majestuosas de estrellas caían regularmente durante la infancia de la niña y podían verse desde San Fernando, como en ningún otro lugar de la región.

Los lugareños llaman de cariño San Fer al terruño.

La siembra que más se trabaja en San Fernando, Tamaulipas, es la de sorgo, y la cosecha suele ser de temporal, aunque hay uno que otro rancho con sistema de riego. Los horizontes rojos al lado de la carretera son el presagio de una buena siega pero cuando ésta viene mala, la economía de la ciudad lo resiente de inmediato y se desploma. El dinero deja de circular una temporada y hay que apretarse el cinturón.

Una parte de San Fernando pertenece a la Cuenca de Burgos, donde varias empresas extranjeras han encajado sus colmillos para extraer la rica veta de gas natural que existe. Sin embargo, aún no han enterrado sus dientes como quisieran.

Desde 2000 circulan rumores de que otras zonas del municipio son ricas en uranio y que incluso el agua que se usa para consumo humano está contaminada. La especulación aumenta porque los casos de cáncer crecen y crecen en la ciudad, y de acuerdo con la percepción de los pobladores, son tantos como para alarmarse. A causa de esto y a falta de un hospital público de calidad, los enfermos deben ir al Hospital Universitario de Monterrey a recibir tratamiento. Tan es así que el Hospital Universitario se convirtió en el principal punto de reunión de los sanfernandenses en Monterrey.

Pese a la proliferación de enfermedades como el cáncer, los pobladores creen que San Fernando tenía un futuro prometedor gracias a las inversiones que empezaban a realizarse y por las que estaban proyectadas a corto plazo por empresas regionales, nacionales y extranjeras, alrededor de la explotación del gas natural.

Sin embargo, a comienzos de 2010, la población vio como la ciudad se trastocaba debido a la violencia desencadenada por la guerra entre diferentes bandos del narcotráfico. San Fernando dejó de ser sólo municipio y evidenció su perfil de *plaza* en disputa del crimen organizado. Y San Fernando no es cualquier *plaza*, sino una estratégica para cualquier tipo de operaciones de tráfico hacia el norte.

Los enfrentamientos han arrojado decenas de muertos y han impactado mucho en la vida de los habitantes del casco de San Fernando. Sin embargo, la cosa se ha puesto peor en las carreteras y brechas donde suman centenares los asesinatos. Estos hechos son poco conocidos y no se sabe nada a detalle, debido que la prensa regional no puede informarlos, y los enviados de la prensa nacional y extranjera estarían en grave riesgo si intentaran pisar la zona para dar cuenta de ello.

Las brechas son las zonas donde más se mueven los grupos de la guerra. Y San Fernando, en cierto sentido, más que una ciudad, es un casco urbano con un laberinto interminable de brechas. La gente que forzosamente tiene que transitar por algunas de éstas relata como el olor a muerto tiene impregnados los caminos y como los zopilotes ya pasan más tiempo pisando la tierra que volando. El miedo le gana a la curiosidad de los pobladores. Nadie se atreve a ir a verificar si lo que se dice sobre las brechas es tan cierto como se dice o se exagera.

Cuando empezó la guerra en San Fernando, era común ver la ciudad patrullada por convoys de sicarios apuntando sus armas hacia la calle o presenciar levantones a plena luz del día. Los convoys que irrumpían en

el pueblo estaban conformados hasta por cuarenta camionetas *pick-up* doble cabina, en las cuales viajaban cuatro pistoleros. En ocasiones, esos convoys también hacían presencia en las carreteras, donde además instalaban sus retenes para monitorear el ingreso de los visitantes a la zona.

Antes de la matanza de los 72 migrantes, la presencia de militares era poca. Después de este hecho, la zona se ha visto más controlada, o sea, más militarizada.

La afectación en que se encuentra San Fernando es tan brutal que los ánimos se desmoronan a menudo –relata un hombre nacido ahí–. La economía está parada, la emigración de personas es masiva, los toques de queda se han reflejado en ocasiones desde las tres de la tarde y la poca vida social que hay, como fiestas de quince años, bodas o cualquier otro evento social de este tipo, forzosamente se hace cuando hay luz del día, para aminorar los riesgos que representa andar por la calle, en especial por las noches.

Quizá no haya un solo sanfernandense que no haya perdido gente, amigos, familia o conocidos de toda la vida durante la guerra. No todas las víctimas son narcos. Hay muchos inocentes, de eso no queda duda.

Hoy en día, en San Fernando –relata una chica– la apatía le gana al optimismo. “Hay muchas personas que critican al ejército y lo juzgan en su proceder, pero también hay otras personas de San Fernando que ante las circunstancias, los ven realmente como verdaderos guardianes, con todo y sus fallas.”

Nota importante: La autoría del testimonio que se presenta a continuación es en su totalidad de San Fernando, Tamaulipas, México. Lo único que hice fue un mínimo trabajo de edición para que esas palabras puedan leerse dentro como parte de este libro, como si fueran un libro dentro de otro: una especie de contraseña para entender la historia de mi tío Gerónimo González Garza en una dimensión mayor.

Soy San Fernando, el pueblo de los migrantes asesinados, el de las fosas y cadáveres desenterrados, el de los cárteles y la guerra. Las voces que hablan sobre mí resuenan asustadas en el mundo. El mundo pensará entonces, no sin razón, que soy un pueblo macabro.

Pero no soy macabro. Soy un pueblo atropellado, estoy herido, sangro y lloro y, ¡Oh, Dios!, me lamento. Yo soy el primer sorprendido ante lo que ha sucedido, el primer aterrado. También yo siento miedo.

El mal no soy yo, el mal no es mi gente, el mal no es mi tierra ni mi sol ni mi viento. El mal llegó un día y se quedó. Mi gente no es pusilánime, mi gente es brava, como brava es la gente de las tierras áridas del norte de México.

Ante la tierra agarrada y terca, mi gente se hizo tenaz para arrancarle frutos; ante el temporal incierto, mi gente se hizo estoica para aguantar los embates. Mi gente acerada escogió ganado correoso para que juntos aguantasen las sequías, mi gente incansable encontró cultivos que pudiesen crecer aun con sed. El ganadero cría, el agricultor siembra, el pescador hace su redada y todo mundo se somete con determinación y optimismo al temporal.

Ellos, los que llegaron, son otra cosa.

En estas tierras,
igual de pastizales gordos
que de sequías hambrientas,
igual de espigas rebosantes
que de raquílicas hierbas,
igual de redes plenas
que de infructuosas salidas al mar,
mi gente nunca vive tan contenta
como cuando llega el temporal.

La lluvia tintineando
en los metales sueltos,
el olor áspero de la tierra
recién mojada,
el polvo apaciguado
y los truenos iracundos
que vociferan
las nubes en el cielo
y hacen temblar los espejos
en las casas
son la buenaventura.

El tortillero, el zapatero, el músico,
el comerciante y el restaurantero,
el albañil y el mecánico,
el agricultor y el ganadero
están contentos cuando llueve,
cuando llueve a tiempo.
Aun la ocasional gotera

que la lluvia desvela en las casas
es lidiada con regocijo,
mis gentes
recogen las gotas
que chorrean desde el techo
en cacharros de metal,
para que caigan ruidosas
y conviertan la lluvia
en una sinfonía
que dice y que repite
y que vuelve a repetir
que está lloviendo,
que la cosecha es posible,
que la becerrada también,
que la tierra rendirá
y que porque la tierra rinde,
todos en el pueblo estarán bien.

Yo, San Fernando,
soy en ese momento
paradigma de progreso,
en mis caminos abundan
camiones repletos de sorgo,
de maíz, de frijol,
camiones completos de ganado,
camiones frigoríficos cargados de pescado,
de camarón;
las trilladoras van,
los tractores vienen,

las cultivadoras se pavonean
en los sembradíos,
las vacas se contonean
en los pastizales verdes
luciendo cría,
y en los atardeceres de horizontes rojos
y calientes,
mi gente cansada y satisfecha
ríe junto a los asadores
platicando los incidentes del día,
bebiendo a sorbos
un tarro de cerveza fría.

Hay veces,
sin embargo,
que la tierra no da,
que el temporal no llega.
Todo mundo lo sabe
porque todo mundo lo ve.
Cuando el campo se agosta
el paisaje pierde sus colores,
se instala la grisura,
los matorrales espesos
esqueletos de espinas
que la vista atraviesa sin tropiezo,
el ganado enflaca,
las vacas malparen,
los becerros enferman.
En los sembradíos

las plantas son ralas
y no espigan
si acaso espigan,
las raras espigas no progresan.
A la canícula
siempre sofocante
se añade
ese estado de ánimo
entre la agitación y la expectativa.
Mi gente redobla sus quehaceres
con tanta bullanga
como en los días de trilla,
los agricultores
que ven perdida su cosecha
se apresuran
a convertir los sembradíos en forrajes,
forrajes que compran
inquietos ganaderos
para aliviar a su vacada,
las carreteras
se pueblan de camiones cargados de pasto,
los campesinos chamuscan las espigas
de los nopales
para que los animales puedan tragarlos.
Mi gente sanfernandense
es gente valiente
que afronta esos días de sequía
con el afán de defender,
hay que salvar la vaca

o hay que salvar la cría,
hay que salvar la espiga,
o la lancha o la yegua
o la comida.
Y yo los veo,
tratando de salvar las cosas,
mientras el sol testarudo brilla
inclemente
sobre la tierra encalmada
y los buitres,
en pugna con mi gente,
vuelan negros, majestuosos
e igualmente tenaces en mi cielo
un cielo canicular, claro,
sin lluvia.

Otras veces,
el temporal es bueno
y la suerte como quiera embiste a mi gente.
Llegan los huracanes con vientos furiosos
que arrancan a su paso
todo lo que es posible arrancar;
techos, cosechas,
papalotes,
bodegas, paredes.
Las casas se construyen para resistir,
pero no todo mundo se las puede pagar.
Yo, San Fernando,
he visto cuando el viento huracanado

arranca un techo
y se lo lleva
retorciéndolo
mientras ulula
como lechuza asustada,
he visto como familias enteras
ante el desamparo,
corren a guarecerse en el monte,
he visto a las madres
que con brazos desesperados
abrazan a sus hijos contra los ébanos
y los mezquites,
pensando que si el ganado subsiste
arimándose contra ellos,
sus hijos también subsistirán...
Subsisten,
y al día siguiente,
esta gente sanfernandense
gente indómita,
con la mirada impasible
y la mente en el futuro,
da gracias a Dios
por haber sobrevivido
y empieza a construir;
otra vez el techo,
otra vez el abrevadero del ganado,
otra vez la bodega del sorgo,
otra vez el muelle y la lancha
y otra vez el temple de su carácter

para atravesarlo todo
otra vez
hasta el próximo huracán.

La suerte
arremete a mi gente
con males esporádicos.
Algunas veces
la becerrada completa
o la cosecha entera
o el lote procesado de mariscos
han sido pagados con un cheque falso.
Ante los reveses individuales
la solidaridad se manifiesta
igual que las goteras cuando llueve
–compadre ¡si hay que entrarle al baile,
yo huaracheo contigo!–
ya para entonces,
el compadre afectado,
trae la mente apuntada en el futuro.
Aquí en San Fernando el trabajo es un valor
y mi gente trabaja lo mismo
bajo los soles incommovibles de agosto,
con el sudor resbalándoles por las sienas,
que frente al norte glacial de enero,
con el frío calándoles los huesos.

Habrán quienes remarquen
que estoy hablando en presente,

como si las cosas no hubiesen cambiado.
Es claro que han cambiado
y ¡de qué manera!
pero yo
San Fernando,
veterano avezado de la incertidumbre,
sé que por el carácter porfiado
de mi gente,
y por la naturaleza
inherente al ser humano,
el bien volverá.

I

Ellos: el enganche



El mal presente casi ni lo vimos llegar. Llegó poco a poco y llegó disfrazado. Ya instalado fue mucho peor que todos los huracanes y las sequías juntas. Venían del sur, los delataban su acento y su jerga, transportaban drogas para los *juniors* estadounidenses. Se oyó decir que no les convenía más hacérselas llegar por aire ni por mar, y que habían decidido hacerlo atravesando México.

Yo, San Fernando, enclavado al pie de la gran Ruta Panamericana que baja desde Alaska hasta Chile y ubicado a poco más de cien kilómetros de la frontera con Texas, resulté ser un sitio ideal para operar ese tráfico hacia nuestros adinerados vecinos. Al principio Ellos, los que llegaron, hicieron vida paralela a la de mi gente. Andaban, supongo, conociendo, orientándose, tanteando. Dijeron que se llamaban Los Zetas y debo admitirlo: lograron enganchar a algunos sanfernandenses; hombres jóvenes a quienes les faltó lucidez, les faltó entereza, y sobre todo, a quienes les faltaron agallas. Imaginaron acaso que sólo se trataría de ganarse la vida llevando paquetes inocentes a través del puente internacional.

II

Los otros: como acuchillada



Aquí cambió todo casi de la noche a la mañana, cuando hace apenas un par de años llegaron Otros. Venían del Poniente, eran docenas y los delataban las placas foráneas de sus camionetas robadas. Dijeron que eran los del Golfo y que estaban allí para exterminar a Los Zetas... La violencia se vino encima con la rapidez de un huracán que toca tierra, y aquella presencia paralela, en medio de sus querellas, se metió en la vida de mi gente como una cuchillada. Nadie supo cómo defenderse de este nuevo mal.

Mis productores, agricultores, ganaderos o pescadores mediante secuestros y extorsiones han sido descapitalizados, el fruto del trabajo de una y hasta de varias generaciones lo perdieron de tajo, algunos secuestrados no han vuelto. Productores prósperos han sido asesinados, nada más porque trabajaron duro toda su vida y tenían bienes que despojarles. Comerciantes grandes y comerciantes pequeños han sido una y otra vez extorsionados. Restaurantes, negocios y casas han sido atacados y aun destruidos con saña, algunos ranchos han sido saqueados, otros expropiados y convertidos en guaridas.

Mis viejos se enferman y mueren prematuramente de preocupación. Mi gente no sabe cómo persistir cuando les dicen: “Sabemos dónde vives, sabemos a qué escuela van tus niños”. Ante la desgracia colectiva, un compadre no puede hacer mucho por otro, y aparte de los compadres, nadie ayudó a los productores con problemas, nadie a los comerciantes, nadie a las viudas ni a los huérfanos. ¡Nadie! Nadie ha ayudado a mis muchachos que son acosados por los Reclutadores, nadie ha ayudado a mis muchachas, ¡jay!, a mis pobres jovencitas violadas. ¡Nadie!

III

La soledad del higuero



Supongo que ya se sabe:
este año
no voy a poder librar mis cuotas de carne,
de granos,
de pescado...
mi gente no puede trabajar más,
se va de aquí.
Los que no pueden irse
se esconden,
mis calles ahora están vacías,
muy vacías,
en la plaza los niños no juegan,
las parejas no se besan más
bajo el higuero,
no hay música los domingos,
ya no oigo risas
ni tampoco hay fiestas.

IV Los 72 migrantes



Se oyen,
ya se sabe,
balaceras y más balaceras,
y más balaceras.
Y ahora se oyen también
las voces que hablan de ellas,
voces que resuenan por el mundo.
Y el mundo que nunca oyó de San Fernando
ahora me asocia con ellas,
con las balas y con las vidas truncadas
que esas balas atraviesan.
Sepan,
sepa el mundo
que yo, San Fernando,
también yo he perdido vida.
Me duelen las balas
y los hombres que éstas asesinan,
sangro con ellos,
me duelen, ¡ay!, me duelen
las mujeres forzadas, lloro con ellas,
lloro también con las madres, con las viudas,
con las huérfanas.
Y los migrantes,
¡ay mis migrantes!,
No fui yo, San Fernando,

no fue mi gente que ni siquiera lo advirtió.
Que sepan sus madres y sus viudas,
que sepan sus hijos y hermanas,
que sepa el mundo
que no fui yo.
En esa hora fatídica
yo, San Fernando,
acompañé con piedad a mis migrantes
y ahora los he adoptado para siempre.
Ese día,
aquí
en la duplicidad azarosa de mis campos,
estaba yo con ellos,
había conmigo el sol,
el mismo sol cálido y generoso
que en primavera hace reventar las semillas de sorgo
en las entrañas de mi tierra
llegó benevolente y tibio
y abrazó los cuerpos aguerridos de mis migrantes.
Había conmigo el viento,
el mismo viento bienhechor
que toca la Laguna Madre
y llega fresco
a aliviar al ganado de la solanera,
llegó benigno,
acarició las mejillas
y acomodó con dulzura
mechones de pelo de mis migrantes.
Había conmigo la tierra,

la misma tierra que con sed industriosa
absorbe humedades portadoras de vida,
su presencia compasiva
bebió lágrimas y bebió sangre
de mis migrantes.

No, mis migrantes no estaban solos,
estaba yo, San Fernando, junto a ellos,
yo fui testigo del valor, del aplomo,
del discernimiento,
las solas armas que mis migrantes portaban.

¡Ah, la entereza!
cuando los animales del infierno
que sitian mi suelo
quisieron reclutarlos,
cuando quisieron ponerle precio a su albedrío,
mis migrantes defendiendo su destino,
dijeron “No”,
vivieron No...
No, no, porque no quisieron dejar de ser hombres
ni mujeres
de bien
un no lleno de humanidad
que resonó en mi tierra
más fuerte que todas las balas juntas,
un no de sensatez y de firmeza,
un no intrépido que defendió su libertad.
Yo, San Fernando,
presencí su honra y su audacia,

yo recogí los últimos respiros de sus afanes truncados,
recogí sus valores,
esos tesoros que llevaban consigo mis migrantes.
Recaudé valentía, integridad,
perspicacia,
recaudé juventud, fuerza.
Yo, San Fernando,
recaudé la esperanza y recaudé el sacrificio
y he quedado a jamás
fortalecido por ésos mis soldados casuales de la libertad,
mis mártires imprevistos de la esperanza.
¿Será el amor lo que hizo buenos a mis migrantes?,
¿qué brazos los mecieron cuando niños?,
¿qué labios los besaron cuando grandes?,
¿o será su sangre?,
¿qué genes de Bolívar, de San Martín, de Cahuide
reverberaban en sus cuerpos?
o ¿qué sol les enseñó a ser fuertes
mientras tostaba su piel en las faenas?,
¿qué viento los preparó a ser firmes
cuando aliviaba con brisas frescas su pena?,
¿qué tierra impasible los parió tan llenos de esperanza?

VI Gritar



Me pregunto si soy yo, San Fernando, un punto igualmente estratégico para pasar un mensaje. Si quizá fue por eso que mis migrantes precisamente aquí dejaron su vida y por eso es que yo tengo que cargar con la vergüenza de su muerte. Para que desde aquí, al pie de esta gran Ruta Panamericana y con ese peso tan grande en mi garganta, yo grite un mensaje, para que lo grite con un grito tan robusto y estruendoso que se propague hacia el norte y hacia el sur, gritando mucho y gritando fuerte, para que el mensaje suene y resuene estridente por toda la gran Ruta Panamericana, para que suene y resuene con ecos desde el Yukón hasta la Patagonia.

Gritar hacia el norte, a ustedes mis pudientes vecinos estadounidenses, a ustedes los adinerados que consumen esas drogas cuyo tráfico deja a su paso tanta desgracia ¿Saben ustedes lo que fuman? *The weed you smoke is stained with destruction, unspeakable murder and the most horrific rape. Are you listening, Lady Gaga?*

A mis prósperos vecinos que fabrican rifles automáticos que aquí en San Fernando matan, ya sé que a ustedes no les importa, pero no se les olvide agregar al peso que porten sus flacas conciencias todos mis muertos de bala, *and there you have a real reason to cry, John.*

A los legisladores, *are you following, Harry?*, mis migrantes envían un recordatorio a propósito de armas automáticas, *those rifles that your people are sending to us, Barak.*

Gritar desde aquí a ustedes Los Zetas, los del Golfo y todos los demás de su clase, hacia el norte y hacia el sur, a ustedes, almas de estiércol que defecó el demonio. Ningún animal ejecuta a sus semejantes como

ustedes, cobardes, a mi gente y a mis migrantes. Ninguna bestia maltrata a sus hembras como ustedes, perversos, a mis muchachas. Ningún bruto destroza las obras de sus congéneres como ustedes destruyen lo que son incapaces de construir. ¡Ah, los grandes cobardes! Si un ápice de humanidad les queda en algún rincón de su alma miserable, huyan, busquen quizá una Iglesia e intenten volver a ser hombres. Sería el único acto de valor del que pudieran alguna vez ufanarse, miren que ir siempre en montones y armados contra la gente de bien es sólo de miedosos apocados como ustedes.

Gritar hacia el sur, hacia esas selvas gloriosas donde por las sombras el sol no quema igual que el mío, sabemos que es bajo las ramas frondosas que se cultivan esas hierbas... ¡Hay tanta pobreza! Pero que sepan los campesinos, por lo menos que sepan que el pan enjuto que traen a sus hijos está lleno de luto.

Gritar aquí a mi gente, a todos los mexicanos de bien, que finalmente somos la mayoría... pero ese grito se los dejo a ustedes. No me dejen solo a mí, San Fernando, con este mensaje tan pesado, no me pidan a mí solo que se los ponga en palabras ¿que les dicen los migrantes?

Es primavera, los cenizos, los patoles y las anacahuítas florecen en los matorrales a mi alrededor, sus colores me traen a la mente la memoria aún fresca de tiempos más amables y me traen también buenos augurios del mañana. Yo, San Fernando, con mi paciencia dos veces centenaria, con mi comarca dual y caprichosa, con mi convicción firme de prevalecer, espero aquí a los míos con ilusión.

Para saber más...

Recopilación de material histórico y de contexto sobre los sordos en México

- Desloges, Pierre, *Observations d'un sourd et muèt sur Un cours élémen-taire d'éducation des sourds et muèts*, publié en 1779 par M. L'Abbé Deschamps [Observaciones de un sordomudo al *Curso elemental para la educación de los sordomudos* publicado en 1779 por el abad Deschamps], París, Morin, 1779.

Se considera el primer libro escrito por un sordo, un tratado dedicado a defender el derecho a ser educados en lengua de señas. Su autor quedó sordo a consecuencia de la viruela a los siete años de edad.

- Dwyer, Jim, "Descent Into Slavery, and a Ladder to Another Life", *The New York Times*, 22 de junio de 2010, disponible en <<http://www.nytimes.com/2010/06/23/nyregion/23about.html>>.

Se cuenta la historia de José Gutiérrez, un mexicano sordo que se dedica a limpiar la Estatua de la Libertad después de haber vivido como esclavo e ilegal en Estados Unidos.

- Martí, José, "La escuela de sordomudos", *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, 30 de noviembre de 1875, disponible en <http://www.soyguajiro.com/bcub/doc_view.asp?id_doc=1669>.

José Martí visitó la Escuela de Sordos de México en 1875 y escribió este artículo sobre lo que observó ahí. Entre sus líneas dice "El sordomudo enseñado es la obra tenaz de lo tierno".

- Sacks, Oliver, *Veo una voz: viaje al mundo de los sordos*, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Barcelona, Anagrama, 2003.
- *Seña y Verbo Teatro de Sordos, ¿Quién te entiende?!*
Obra de teatro basada en testimonios reales de sordos. La compañía *Seña y Verbo Teatro de Sordos* busca que la lengua de señas tenga mayor reconocimiento en el mundo.
- Stephen Herek, *Querido maestro (Mr. Holland's Opus)*, Estados Unidos, 1995.
Película que trata de un músico que tiene un hijo sordo, al cual le compone una sinfonía.
- Historias periodísticas sobre Uriel Gayzott Ramírez, un joven mexicano de 23 años, quien inspirado en su hermano sordo, ideó un chat para sordos, el cual quedó como finalista de un concurso organizado por Microsoft.
- La historia de vida de Taurino Ortega, un futbolista mexicano sordo, que ha dado a México dos Campeonatos Panamericanos para Sordos, así como la de Ádám Kósa, un sordo húngaro que actualmente es eurodiputado.
- Varias reflexiones de Eduardo Huet y Benito Juárez, los dos personajes más importantes en la historia de la educación de los sordos en México.
- Varios ensayos de Noam Chomsky sobre el lenguaje de señas.

Semblanza del autor

Diego Enrique Osorno (Monterrey, Nuevo León, 1980) es reportero de *Gatopardo* y publica su blog *Historias de nadie* en NuestraAparenteRendicion.com.

Ha publicado en Grijalbo *Oaxaca sitiada. La primera insurrección del siglo XXI* (2007), *El cártel de Sinaloa. Una historia del uso político del narco* (2009), *Nosotros somos los culpables. La tragedia de la Guardería ABC* (2010), y en Debate *País de muertos. Crónicas contra la impunidad* (selección e introducción, 2011).

Sus textos han aparecido en *Letras Libres*, *Nexos*, *Newsweek*, *Replicante*, *Indymedia*, *El Siglo de Torreón*, *Milenio*, *Diario Frontera de Tijuana*, *Narco News*, *La Prensa* de El Salvador y *La Opinión* de Los Ángeles, así como en antologías narrativas de Venezuela, Cuba, España y Estados Unidos.

En 2011 ganó el Premio Latinoamericano de Periodismo sobre Drogas, auspiciado por The Open Society, así como el Premio Internacional de Periodismo de *Proceso*, cuyo jurado fue Juan Villoro, Jon Lee Anderson, Rafael Rodríguez Castañeda, Vicente Leñero y Alma Guillermoprieto.

Vive a caballo entre la sierra de Santiago, Nuevo León, y cualquier otro impredecible lugar.



Un vaquero cruza la frontera en silencio. La historia de Gerónimo
González Garza, editado por el Consejo Nacional para
Prevenir la Discriminación, se terminó de imprimir
en noviembre de 2011 en los talleres de Corporación
Mexicana de Impresión S.A. de C.V., General Victoriano
Zepeda 22, col. Observatorio, 11860 México, D.F.
Se tiraron 3 000 ejemplares más
sobrantes para reposición.



Parco que es por lo visto Tío, y locuaz y preguntón como salió Sobrino, digo, Reportero, el encuentro que origina este relato es el juego de unos espejos que chocan sin romperse. Y entonces el principal hallazgo de Un vaquero cruza la frontera en silencio: “La frontera noreste de México carece de un lenguaje propio en estos tiempos de guerra. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es”. Pero, añade Reportero, “la frontera noreste no puede hablar”.

Quién mejor que un tío querido que no habla ni oye para servir de guía en esas tierras de Frontera Chica, estruendo y miedo, donde nada se puede decir, donde la libertad de expresión no existe, donde la barbarie no tiene nombres, y los de sus causantes son impronunciables.

La lección final de Gerónimo González Garza es que siempre hay modo de romper el silencio, aun callando.

Hermann Bellinghausen

*Un pobre vaquero solitario que regresa a su casa,
que es la maravilla.*

*Hacer aparecer las nuevas sensaciones:
subvertir la cotidianeidad.*

PRIMER MANIFIESTO INFRARREALISTA, Roberto Bolaño